MIQUETTE Y SU MAMÁ

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

MM. Robert de Flers et G.-A. de Caillavet

arreglada al castellano por

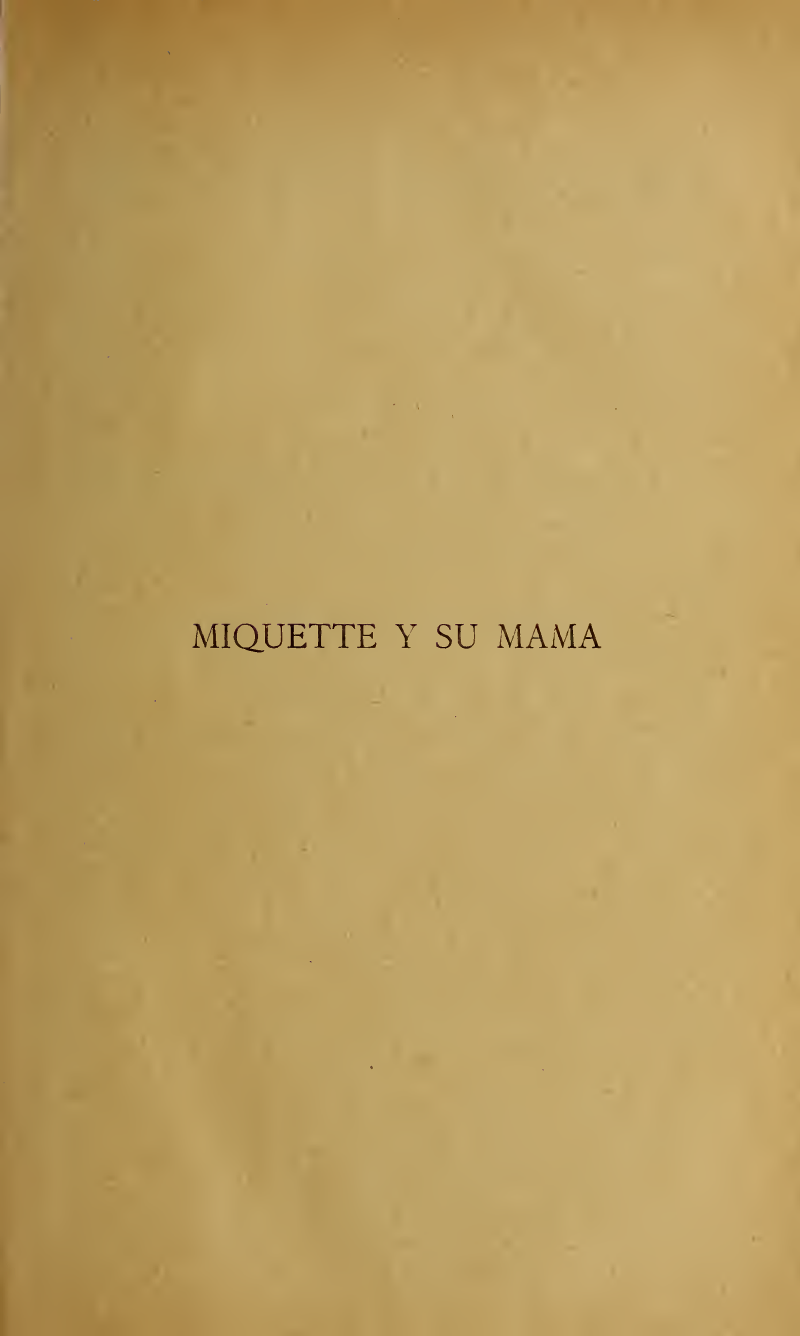
GIL PARRADO



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12

1907

3



MIQUETTE Y SU MAMA

MIQUETTE Y SU MAMÁ

COMEDIA

en tres actos y en prosa

DE

MM. Robert de Flers et G.-A. de Caillavet

arreglada al castellano por

GIL PARRADO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 20 de Febrero de 1907



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.º

Teléfono número 551

—

1907

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
MIQUETTE GRANDIER.........	Rosario Pino.
LA SEÑORA GRANDIER.........	Julia Martínez.
PERINE.........................	Ana Quijada.
TOTO.............................	Mercedes P. de Vargas.
LA SEÑORITA POCHE.........	María Brú.
PONETTE.......................	Concepción Blanco.
LILÍ.............................	Julia Delgado.
EL MARQUÉS DE LA TORRE-MIRANDA.....................	Rafael Ramírez.
MONCHABLÓN, cómico...........	Manuel Vigo.
URBANO DE LA TORRE-MIRANDA.....................	Javier Mendiguchía.
LAHIREL, clubman................	José G.ª Leonardo.
PEDRO, ayuda de cámara del Marqués..	Carlos Alonso.
MONGREBIN, archivero...........	Federico Gonzálvez.
LABOURET, sub-prefecto...........	Bernardo Jambrina.
EL PORTERO...	Angel Sala.
UN PANADERO.................	Fernando Aguirre.
UN EMPLEADO.................	Antonio Acuña.

El primer acto en Chateau-Thierry. Los otros en París. Época actual.



ACTO PRIMERO

El estanco de la señora Grandier, en Chateau-Thierry. A la izquierda el mostrador y detrás un estante con cigarros, cigarrillos, etcétera, etc. Muestrario de tarjetas postales. Una mesa. Sillas. Através de los cristales, se ve la calle y el movimiento de gente. A la derecha, puerta que da á la calle. A la izquierda dos puertas, una da á la cocina y otra á los interiores.

ESCENA PRIMERA

PERINE, criada vieja, con pamela bretona, instalada en el mostardor haciendo media. «Medor», perro negro, en un taburete. POCHE

POCHE (Entrando.) Buenas tardes, Perine.

PER. Buenas tardes, señorita... ¿Viene usted por su paquetito de rapé, como todos los domingos?

POCHE Sí... ¡Qué quiere usted! ¡Cada uno tiene sus debilidades!... ¿Y el ama?... ¿No está la señora Grandier?...

PER. No, señorita... Todos los domingos me pregunta usted por ella... Bien sabe usted que siempre está en las cuarenta horas, con nuestra niña. Medor y yo, somos los guardianes del estanco.

POCHE ¡Qué buena persona es su ama de usted!

PER. Ya puede usted decirlo... No tiene un solo enemigo en toda la ciudad.

POCHE ¡Y bien sabe Dios que hay unas lengüecitas en Chateau-Thierry!

PER. Verdaderamente... Esto es tan malo como si fuera una provincia... Así y todo, en los once años que llevamos aquí, no hemos tenido una palabra con nadie.

POCHE ¡Es verdad! ¡Once años ya! ¡Cómo pasa el tiempo, hija mía!

PER. A mí me parece que llegamos ayer. Miquette tendría entonces unos diez años. Su pobre padre acababa de dejarse morir.

POCHE Era guarda mayor de montes, ¿verdad?

PER. Sí; le destinaron ultimamente á Bretaña. Allí se casó, allí nació la niña y allí la crié yo... Sí; son muy buena gente.

POCHE Y á la señora la dieron el estanco muy pronto...

PER. ¡Bien lo merecía la pobre! Su marido no la dejó nada. Y le aseguro á usted, que solamente siendo tan arreglada, tan seria y tan dispuesta como es, ha podido educar á su hija como la ha educado.

POCHE ¡Vaya! Bien puede asegurarse que no hay en toda la ciudad una señorita mejor educada.

PER. Toca el piano como una Virgen. Se sabe al dedillo todas las historias de la Historia de Francia, tan bien como el mismo señor Morgrebin, el archivero... Y saca las cuentas de una manera...

POCHE Es muy lista... Pero ¿y mi rapé?

PER. Ya tengo preparado su paquetito. (Toma un paquetito del mostrador y se lo entrega.) ¡Calle!... Aquí viene la señora.

MAMÁ (Entrando en traje de domingo con su devocionario en la mano.) ¡Buenas tardes, señorita Poche!

POCHE (Saliendo.) ¡Buenas tardes, señora Grandier!... Hasta la vista.

ESCENA II

PERINE. LA SEÑORA GRANDIER, después MIQUETTE

MAMÁ ¡Ay querida Perine!... ¡Qué fiesta tan hermosa!.. Hemos tenido al señor Obispo.

PER. Es verdad, que está de paso en Chateau-Thierry.

MAMÁ Está haciendo su visita pastoral en automóvil.

PER. ¿Y es verdad lo que dicen?... Que lleva una piel de cabra morada...

MAMÁ ¡Una piel de cabra!... ¡Eso son habladurias! Esta mañana estaba revestido. ¡Qué admirable! ¡Y qué abnegación en el cumplimiento de sus deberes!... Además, fuma. ¡Es un santo!

PER. Pues en mi tierra los santos no irían en automóvil... ¡A menos que hicieran un milagro!

MAMÁ Pero ¿y Miquette?

PER. Aquí viene.

MIQ. (Entra riendo estrepitosamente.) Allí está todavía. Al final de la calle, mamá... Allí está todavía... Ven á verle, ven.

MAMÁ ¿Pero quién es?

MIQ. ¡El recaudador!

MAMÁ Vamos, Miquette, entra... No seas loca.

MIQ. (Mirando hacia fuera.) ¡Qué gracioso está!... Con la boca abierta... ¡Así!.. Dan ganas de jugar á la rana.

PER. ¿Pero quién dices que es?

MIQ. El recaudador... El recaudador de contribuciones, mi constante enamorado... Se hizo el encontradizo como siempre, y preparó una sonrisa y una frase. La sonrisa le salió, pero la frase se le ha quedado atragantada y allí continúa... Pobrecillo... ¡Estaba colorado como un pavo!... No iba del todo mal ese color con mi vestido.

MAMÁ (Ha ido al mostrador y se ha quitado su sombrero.) ¡Qué mala eres, Miquette!

MIQ. ¡Al contrario!... La prueba es que, viéndole palidecer, lo cual no iba muy bien con mi vestido, tuve compasión de él y le dije: «Buenas tardes, señor recaudador.» «Buenas tardes, señorita.»—Me respondió temblando.—«Para servir á usted señor recaudador.» «Para servir á usted, señorita.» «¿Y sus niños, señor recaudador?» «¿Y los de usted, señorita?

PER. ¡Qué disparate!... ¿Y tú qué le has contestado?

MIQ. ¿Yo?... Le dije: «el mayor está echando los dientes, y el pequeño acaba de ingresar en la Politécnica»... Al pobre se le cayó el bastón, el sombrero y la sonrisa... Y mientras los recogía, mamá y yo nos marchamos á paso ligero, como dos personas que tienen su conciencia perfectamente tranquila.

MAMÁ Sí... Es una preciosa historia, que servirá de comidilla en la calle Mayor.

MIQ. ¡Qué quieres, mamita, hay que resignarse!... En todas las ciudades hay una calle Mayor llena de señoritas muy empingorotadas que cuentan muchas historias... Y con esas historias se entretienen las señoritas que se pasan la vida en la calle Mayor.

PER. Qué mala eres, Miquette... ¡Cuando pienso que te he criado á mis pechos!...

MIQ. ¡Calla por Dios, te lo suplico!... ¡Hablar de esas cosas á tu edad, es verdaderamente desagradable!

PER. ¡Granujilla, ya verás...!

MAMÁ Bueno, Miquette; á ver cuándo acabas de decir tonterías... Quítate ese sombrero.

PER. ¡Qué bien te sienta!...

MIQ. (Se lo quita y se lo entrega á Perine.) Sí... Pero ya va estando viejecillo... Creo que ya me lo puedo poner á diario.

MAMÁ ¿Qué es lo que estás diciendo? Guárdalo, Perine. (Perine sale.) Ese sombrero tiene que tirar toda esta temporada y la siguiente... Hay que economizar... Acuérdate que ayer mismo me has obligado á hacer un gasto extraordinario.

MIQ. ¡El teatro!... ¡Me gusta tanto!

MAMÁ (Que se ha puesto á arreglar el mostrador.) Sí. Por esa razón hemos ido dos veces en dieciocho meses. ¡Esto es una locura! Y menos mal, el año pasado que me divertí mucho con *La trompa de Eustaquio.* ¡Qué obra tan graciosa!

MIQ. ¡No digas eso!... Ese género es ridículo... Cuando me río demasiado, me quedo tan triste...

MAMÁ Sí, pues ayer yo me aburrí soberanamente.

MIQ. ¿Es posible, mamá?... ¡Con una obra tan hermosa!... El drama, la tragedia... ¡Eso es lo que me entusiasma!... Aquí guardo el programa. (Lo saca de un cajón y lee.) «*El Cid*, pieza en tres actos, por Monsieur Pedro Corneille, de la Academia francesa; refundida al gusto del día, por Monsieur Monchablón, de los teatros de París.»

MAMÁ Te digo que me pesa haberte llevado á ver esa comedia... Es de una inmoralidad escandalosa.

MIQ ¿Cómo?

MAMÁ Sí, lo repito... Aquel señor que mata al padre y que se casa con la hija... Y ese rey que no hace nada y que lo aprueba todo lloriqueando... ¡Parece un presidente de la República!

MIQ. Yo he llorado... ¡Aquello es muy entretenido!... Se ve que tienen talento Corneille y Monchablón. Y el mismo autor representó el papel de Rodrigo. (Mira el programa.) «Monchablón, primer actor en todos los géneros.» Estaba magnífico, bien plantado, seductor... Por lo demás, ese Cid es un tipo asombroso.

MAMÁ Dame los cigarros de diez céntimos, que no queda ninguno en la caja.

MIQ. (Se los da.) ¡Ah, qué Rodrigo!...

MAMÁ Calla, calla... Un parroquiano...

ESCENA III

DICHOS y MONCHABLÓN; viejo, muy derrotado, con la pipa en la boca

MON. Veinte céntimos de tabaco de hebra. (Se emboza con gesto arrogante en una capa imaginaria.)

MAMÁ Aquí tiene usted. (Le sirve.)

MON. (Viendo el programa sobre el mostrador.) ¿Cómo? ¿Tiene usted el programa de la magnífica función de ayer tarde? ¿Usted estuvo?

MIQ. Sí, señor, sí.

MON. ¡Noble criatura! ¡Afortunada criatura!

MIQ. ¿Por qué?

MON. ¿Me ha visto usted en el *Cid?*

MIQ. (Interesándose.) ¿Trabajaba usted?

MON. (Encampanándose.) ¡Monchablón, primer actor en todos los géneros!...

MIQ. ¿Usted es Rodrigo?

MON. Yo soy.

MIQ ¡Oh!

MON. ¡El es, con estas infames vestiduras! (Se pasea por la escena.)

MAMÁ ¿Eh?... (Indignada.)

MON. Cálmese usted, señora. Yo comprendo la emoción que le ha causado mi presencia. Es natural. Pero nada puede impedir al pájaro que cante... Cálmese usted.

MAMÁ ¡Este hombre me da miedo!

MON. El Cid no es precisamente mi género. Yo he hecho ese papel por consideración á mi colaborador.

MAMÁ ¿Corneille?

MON. Sí. ¡Excelente muchacho!... Yo no le he conocido... Pero mi especialidad son los papeles de la gran época, Luis XIV: incroyables y petimetres. (Toma un portaretratos donde están colocadas las tarjetas postales y se abanica ligeramente.) Por Dios, marquesa, llenadme la tabaquera... (Piruetea; después, antes de salir, se planta delante de Miquette, que no ha cesado de mirarle, estupefacta.) La impresión inmensa que le ha

producido mi presencia, señorita, revela en usted una artista de raza. Si alguna vez tiene usted necesidad de mis consejos, búsqueme en París á donde vuelvo esta misma tarde. He aquí mis señas: «Monchablón, empresario; calle de la Luna, París.» Allí voy esta misma tarde. Y ahora hago mutis por el foro. (Antes de salir, enciende su pipa en el encendedero que hay cerca de la puerta.) ¡Humo!...

ESCENA IV

MIQUETTE y SEÑORA GRANDIER

MIQ ¡Oh!

MAMÁ ¡Está fresco tu Rodrigo, hija mía! ¡Ah, el teatro, el teatro!... ¡Es muy divertido!

MIQ. ¡Ya lo creo mamá!... (Con entusiasmo.) Es preciso que sea una gran cosa, que tenga un poder extraordinario para convertir á un tipo tan horroroso y tan arrugado en un heroe magnífico.

MAMÁ ¡Estás loca!... Piensa en la vida abominable que llevan todas esas gentes. Esos hombres, en constante bohemia; esas mujeres, cuya vida es un escándalo, que no saben más que arreglarse, tirar el dinero por la ventana y gastarse sin duelo treinta francos en un sombrero.

MIQ. Eso no importa... Las hay guapísimas... Mira las tarjetas postales... Esta... y esta otra, con una cintita en el pelo, tan linda.

MAMÁ Sí. Las tarjetas postales son una verdadera perdición para la provincia. Ayer mismo, el veterinario vino á preguntarme: «¿Hay alguna novedad en mujeres alegres?» Yo estaba avergonzada... avergonzada.

MIQ. (Busca un cartoncito donde tiene unas cintas.) Mamá, ¿crees tú que me estaría mal un lazito como ese? ¿Di?... (Mirándose al espejo.)

MAMÁ ¿Qué cintas son esas? ¿Cuándo las has comprado?

MIQ — (*Se ha puesto un lacito en el pelo.*) Ayer... En la tienda de la esquina.

MAMÁ — ¿Con qué dinero?

MIQ. — ¿Cómo que con qué dinero? ¡Con el de mi hucha! (*Saca la hucha de un cajón.*) Está casi llena. La vaca de oro engorda... Es decir, no es precisamente una vaca, sino una ternerita.

MAMÁ — Miquette, Miquette, hija mía... Me inquietas demasiado.

MIQ. — ¿Por qué?

MAMÁ — Tú no eres la misma. Piensas mucho en arreglarte. Te gusta coquetear de vez en cuando... Mírame fijamente, hija mía... Tus ojos están limpios, serenos... (*La toma la cabeza entre las manos.*) ¿Quién me podrá decir lo que hay dentro de esta cabecita?

MIQ. — Yo no, mamá. Yo no puedo llegar á conocerme. Está demasiado embrollada mi cabecita. Hay en ella un poco de todo... ¡Es un bazar!

MAMÁ — Vamos, no gastes bromas, ten formalidad y no olvides nunca esto. La vida nos ha colocado en una situación difícil y delicada, y es preciso tener un tacto especial para que no se te acerque ningún pretendiente que no sea digno de nosotras. Piensa que tu abuela estuvo emparentada con los Pichón, de la mejor nobleza francesa. Así, pues, ten cuidado. Es preciso que sepas guardar tu rango, lo mismo con los que vienen á comprar diez céntimos de caporal que con los que compran cigarrillos turcos.

MIQ — Con estos no me será muy difícil. ¡Aquí no fuma nadie cigarrillos turcos!

MAMÁ — ¿Qué dices? ¿No sabes que todos los meses se envían lo menos treinta cajetillas al castillo de la Torre-Miranda?

MIQ — No pienses que por eso me voy á encaprichar por el marqués. Es verdad que ha sido un personaje durante el segundo Imperio; pero ahora el segundo Imperio está tan lejos como el primero.

MAMÁ — Está muy bien conservado todavía el mar-

qués. El otro día le ví en la procesión. Llevaba una de las varas del palio con una marcialidad...

MIQ. Sí, pero tiene una manía. En vez de entonar los cánticos, los silba.

MAMÁ No importa. Es un hombre muy piadoso. Y no vive él solo en el castillo; tiene también un sobrino.

MIQ. (Con despego.) Sí; el conde Urbano.

MAMÁ El conde Urbano, que viene aquí todos los días á comprar diez cajetillas. ¡Es atroz, lo que consume! ¡Oh, no es que sea peligroso! Llega muy asustado, se sienta y sin perder un minuto no dice una sola palabra. Cuando está despejado lleva paraguas.

MIQ. Sí; mas cuando llueve lleva el bastón.

MAMÁ Está tan atontado como el recaudador.

MIQ. (Un poco triste.) Solo que él no está enamorado de mí. Pero no pensemos en eso... ¿Cómo se te ha ocurrido hablarme hoy de esas tonterías?

MAMÁ No lo sé. ¡Es que tengo tanto miedo!... Mi única ambición es que tu seas feliz, hija mía.

MIQ. (Con ternura.) ¡Si lo soy, mamá! No me hace falta nada, te lo juro... Nos queremos mucho las dos y con esto basta para alegrar nuestro rinconcito. ¡No estés triste, mamá! Ya sabes que un gran santo ha dicho: «Es preciso dejar la tristeza á los felices de este mundo...» ¡Dejémosela y no estés triste, mamita!

MAMÁ Es que me inquieta el porvenir.

MIQ. ¡Bah! ¡El porvenir!...

MAMÁ ¡El porvenir es mañana!... ¡Y mañana es siempre!

MIQ. ¡Tiempo tenemos de pensar en eso! Yo soy todavía una niñita que la gusta sentarse encima de su mamá y jugar horas enteras con Julieta.

MAMÁ ¡Tu muñeca! ¿No te da vergüenza á tu edad?

MIQ. Si es ridículo, lo reconozco; pero ¿qué quíeres? Soy una chiquilla, ¡pero tú tienes también la culpa! ¡Tú estás muy joven!

MAMÁ Estás loca, Miquette. Mi vida de mujer ha terminado para mí... ¡Está encerrada entre estas cuatro paredes!

MIQ. ¡Tá tá!... No dudes que todavía estás muy guapa, mamá... Y no soy yo sola quien lo dice.

MAMÁ ¿Qué?

MIQ. ¡Vaya! El otro día, cuando yo entraba, salía de aquí el contratista. ¿Y sabes lo que le decía al jefe del Registro?

MAMÁ No. ¿Qué?

MIQ. Pues le decía: «¡Caracoles! ¡Vaya si está todavía apetitosa la señora Grandier!»

MAMÁ (Encogiéndose de hombros.) ¡Qué brutalidad!

MIQ. Y dijo otra cosa... Pero no me atrevo á repetirla.

MAMÁ ¿Por qué?

MIQ. Porque... es un poco inconveniente.

MAMÁ Dila. Puedes decirla; estamos las dos solas.

MIQ. Pues dijo: «¡Mejor quisiera encontrarme con ella, que con un guardia municipal!»

MAMÁ ¡Qué horror! ¡Te prohibo que escuches esas atrocidades!

MIQ. ¡Eso no es culpa mía! ¿Pero me creerás si te digo que no me ha disgustado?... ¡Confiesa que eso es muy halagüeño!

MAMÁ No, no.

MIQ. Ya ves como dices que sí. ¡Todo el mundo sabe que tú has sido muy guapa!

MAMÁ ¡Hace ya mucho tiempo que lo he olvidado! Mi juventud pasó, sin que yo misma me diera cuenta.

MIQ. No, no; no ha pasado... Ha estado guardadita en un cajón. Y como estaba muy bien ordenada, no se ha estropeado... Al contrario, está bien fresca. Y el día que vuelva á salir, todo el mundo se quedará admirado.

MAMÁ ¡Qué idea, hija mía!... ¡Dios mío!... No digo que yo no haya soñado con otra existencia. ¡Vaya! Y todavía hay momentos que... cuando la banda municipal toca unos valses... (Miquette tararea un vals.) Sí. . me parece que. . Y otras veces, cuando toca un paso doble, (El mismo juego Miquette.) me figuro que... En-

tonces pienso que yo hubiera podido ser una mujer de mundo, gastar vestidos con algunos encajes, ó mejor dicho, con muchos encajes; conocer la elegancia, el lujo; en fin, tomar té, decir unas palabras en inglés, tener un libro de señas, jaqueca, cierto desorden, unos criados poco serviciales... Y en vez de vivir con apuros, tener mucho dinero; por ejemplo: cincuenta mil francos de deudas.

MIQ. ¡Vaya, vaya, mamá!

MAMÁ Tranquilízate... Estas tonterías pasan en seguida... y nada echo de menos. Por otra parte, siempre en esos momentos, la banda ataca la variación sobre motivos de *Los Hugonotes*, y esto me obliga á pensar que estoy en una provincia.

MIQ. ¡Oh! La variación sobre motivos de *Los Hugonotes*... Siempre que la oigo comprendo la noche de San Bartolomé. (Entra Perine, trayendo á Medor con una correa.)

PER. Pero Miquette, ¿no vas á dar su paseíto á Medor? ¡Está llorando en la cocina!

MIQ. ¡Es verdad! ¡Pobrecito mío!

MAMÁ Anda: llévale á dar una vuelta por la plaza.

MIQ. Vamos, Medor. Sí; tú eres un buen perro. Eres feo, eres viejo, estás mal peinado... Tú eres fiel... Todo esto suele estar siempre reunido... He observado que las gentes fieles van siempre muy mal peinadas.

PER. (Sorprendida.) ¿Qué es lo que dice?

MIQ. Me voy. Pero sepa usted, señora Grandier, que está usted todavía muy apetitosa. ¡Caracoles! (Mutis.)

ESCENA V

SEÑORA GRANDIER, PERINE; luego el SEÑOR LABOURET

MAMÁ Perine, dame el cartón de los sellos. Voy á hacer el balance.

PER. (Entregándoselo.) Aquí está, señora. (Entra Labouret.)

MAMÁ Un parroquiano... ¡Ah! Es el señor Labouret. Para servir á usted, señor Subprefecto.

LAB. Lo mismo digo, señora Grandier.

MAMÁ Qué quiere usted, ¿cigarros? ¿cigarrillos?

LAB. No, no, nada de eso... Yo no fumo más que cigarrillos de contrabando. Deme usted mas bien unas tarjetas postales para mi chico.

MAMÁ Aquí tiene usted una nueva colección. (Mutis Perine.)

LAB. Me quedo con ella. Hágame usted un paquetito... Y ahora la diré que estas tarjetas no son más que un pretexto... Usted sabe que yo la quiero bien, y por tanto no la extrañará que la dé un buen consejo. Un consejo de amigo y de Subprefecto... Ya conoce usted la orientación política actual. El Gobierno no quiere que sus funcionarios hagan demostración de tendencias clericales... Ahora bien, mi querida amiga, usted es funcionaria y todos los domingos se la ve en misa, y en primera fila. Esto la puede proporcionar un disgusto.

MAMÁ Pero si á usted mismo, señor Subprefecto, le veo los domingos en la misa mayor, y hasta en las vísperas...

LAB. Perdón. Yo voy allí para observar, para anotar las personas que teniendo cargos públicos frecuentan las iglesias... Me sería muy sensible tener que poner su nombre en mi lista... Procure usted no hacerse notar tanto.

MAMÁ Muchas gracias, señor Subprefecto... Muchísimas gracias... Quiere decirse que en vez de ir á la catedral, iré á la parroquia de San Saturnino.

LAB. Esto es todo lo que la pido. Hasta la vista.

MAMÁ Muchos recuerdos á la señora y tantas cosas al niño... ¿Está bueno?

LAB. Perfectamente. Se está preparando para su primera comunión.

MAMÁ ¡Angel de Dios! ¿Y cómo se porta? ¿Está usted contento de él?

LAB. Mucho. Es muy listo. Pero tiene un defectillo, que aunque no es grave, me disgusta mucho.

MAMÁ ¿Cuál?
LAB. Es algo acusón.
MAMÁ ¡Sí que es un defecto!
LAB. ¡Crea usted que me disgusta mucho. (Mutis.)

ESCENA VI

DICHA y MONGREBIN

MAMÁ ¡Qué buena persona! (Pequeña pausa.) ¡Calla! ¡Se ha dejado olvidadas las tarjetas! Ya volverá por ellas.
MONG. (Entrando.) ¡Señora Grandier!
MAMÁ Ya tengo preparado su paquete de la semana, señor Mongrebin; ocho cigarros escogidos.
MONG. Muchas gracias. Me los fumaré pensando en usted, en la biblioteca del castillo de la Torre Miranda.
MAMÁ ¿Y qué tal van esos trabajos?
MONG. Muy bien... Aquellos archivos son riquísimos. Allí fué donde hace cinco años descubrí la carta comunal auténtica de Chateau Thierry; lo que me valió las palmas de Oficial de Academia... Al año siguiente, tuve la fortuna de demostrar que esta carta era falsa, lo que me valió la roseta de Oficial de Instrucción pública.
MAMÁ ¡Oh, la ciencia!
MONG. El Marqués me ha encargado ahora que busque algunos antecedentes de la familia, y allí me paso el día trabajando. Por cierto que... (Con misterio.) ¿No sabe usted la noticia?
MAMÁ No... ¿qué pasa?...
MONG. El jueves hay gran banquete en el castillo... Comen allí los señores Mercadier, los refinadores; los que han comprado todas esas tierras...
MAMÁ Sí, sí... He oido que son gente de muy buena reputación..
MONG. Ya lo creo... Tienen una reputación de trescientos mil francos de renta.

MAMÁ ¡Oh!...

MONG. Sepa usted que además del señor Mercadier y su esposa, asistirá á la comida del jueves la señorita Juana Mercadier... Dieciocho años, tres millones de dote... Es de suponer que se sentará á la mesa, al lado del conde Urbano... Adivine usted lo demás.

MAMÁ Entonces... ¿Se trata de un matrimonio?

MONG. Por lo menos, de un proyecto.

MAMÁ Y el conde Urbano que viene aquí con tanta frecuencia, no me ha dicho... Ayer mismo le ví, y nadie podría adivinar en su silencio habitual...

MONG. Claro; como que él no sabe una palabra...

MAMÁ ¿Es posible?

MONG. Ni siquiera supone que su tío le quiere casar.

MÁMÁ ¡Pero, esto es inaudito!... ¿De modo que si él no quisiera?.,.

MONG. ¿Y usted cree que ese muchacho es capaz de querer nada?

MAMÁ Verdaderamente... Es todo lo contrario que su tío...

MONG. Eso es.

MAMÁ ¡Qué extraña es esta diferencia de caracteres!

MONG. ¡Nada de eso! Esto es el atavismo.

MAMÁ ¿El ata... que, señor Mongrebin?

MONG. El atavismo, señora Grandier.

MAMÁ ¿Y qué es eso?

MONG Es una teoría ingeniosa que permite tener todos los vicios posibles, cometer todas las torpezas imaginables, cargando el mochuelo á los antepasados... Como se tiene la seguridad de que no han de protestar... ¡al pelo!

MAMÁ ¡Caramba, eso es muy cómodo!

MONG. Exactamente. Es muy cómodo, señora Grandier... Pues bien, la familia de los la Torre-Miranda arranca de Hugo-Adalberto. que en mil ciento veinte partió para las Cruzadas.

MAMÁ ¿En cumplimiento de un voto?

MONG. No. A ganar una apuesta. Era un guerrero intrépido. Apenas llegó á San Juan

de Acre, empezó á distinguirse y á llamar la atención...

MAMÁ ¿De sus jefes?

MONG. No. De una señora... De una señora muy gruesa, dueña de un establecimiento de baños. Una antigua bailarina.

MAMÁ Pero, ¿había ya baños en aquella época?

MONG. Por supuesto. Siempre ha habido baños turcos en Oriente. Hugo-Adalberto, entusiasmado en el establecimiento y con su propietaria, empezó á tomar baños turcos con un ardor tan constante y comunicativo, que al poco tiempo tenía un heredero...

MAMÁ Pero... ¿qué dice usted?...

MONG. Así se fundó la raza. Desde entonces, á través de las edades se encuentra en todos los la Torre-Miranda, ó bien la energía, la bizarría y la impetuosa voluntad de Hugo-Adalberto; ó bien la indolencia pasiva y la pereza oriental de la bañera de San Juan de Acre... El marqués, es Hugo-Adalberto... El conde, es la señora gorda de los baños.

MAMÁ Es particular... ¡Qué haya historias como esa en las grandes familias!...

MONG. Pues si no tuvieran esas historias, no serían grandes familias!... Conque, señora Grandier... Pagándola mis cigarros, ya nada tengo que hacer aquí. (Paga. Al tomar la vuelta, devuelve una moneda) ¡Parece un poco falsa!...

MAMÁ ¡Dispense usted!...

MONG. Voy á presentar mis respetos á nuestro diputado, que está aquí de pasada.

MAMÁ ¿Está aqui? No lo sabía... Yo también quiero verle... Iré con usted ahora que vuelve la niña...

ESCENA VII

DICHOS y MIQUETTE, con el perro

MIQ. Buenos días, señor Mongrebin...

MONG. Señorita... Saludo á usted cordialmente.

MIQ. ¡Puf!! ¡Yo me ahogo! Hace un calor demasiado grande para una ciudad tan pequeña.

MONG. El tiempo es de tempestad.
MIQ. ¿Vas á salir, mamá?
MAMÁ Sí, voy un momento á ver al diputado que está aquí de paso... Quédate en el mostrador hasta que vuelva...
MONG. ¿Quiere usted aceptar mi brazo?
MAMÁ Esto no compromete á nada.
MONG. Exactamente. (Mutis los dos. El sol, que ha lucido hasta este momento, se nubla. Al poco rato empieza á llover.)

ESCENA VIII

MIQUETTE. Instala á «Medor» en un tabúrete y se sienta al mostrador. Luego saca del pecho un librito

(Con entusiasmo.) *El Cid*... ¡Oh, qué hermoso! Es arrogante este Rodrigo... Y muy distinguido. (Baja del mostrador.) Pero no es á él á quien yo amo... (Se para delante de «Medor» le coge la cabeza entre sus manos y le abraza.) Tú lo sabes, ¿verdad? ¿A quién?.. Dime su nombre, á ver si te acuerdas. (Le pone la cabeza á la altura de su oído.) Sí... Ese es... ¡Pero no digas una palabra á nadie!... (Lleva á «Medor» á la cocina, cuya puerta abre. El perro se va. Durante este tiempo, ha entrado Urbano con la ropa calada y el paraguas, cerrado, al brazo.)

ESCENA IX

MIQUETTE y URBANO

MIQ. (Al volverse ve á Urbano.) Ah... señor conde... Usted perdone.
URB. (Con mucha timidez.) Señorita.. Señorita Miquette...
MIQ ¡Está usted calado como una sopa!
URB. ¿Cree usted?... Es verdad. Usted dispense... Es que ¿sabe usted? He olvidado el paraguas, y por eso...

MIQ. ¡Pero, si le trae usted en el brazo

URB. Ah, sí... Usted dispense.. Es que, ¿sabe usted? No le he abierto. No me hacía falta.

MIQ. (También con timidez.) Sí... Verdaderamente sirve para muy poco. (Ella le mira; él la mira; ríen los dos; después Urbano estornuda.) ¡Jesús!... ¡Ya se ha constipado!

URB. Sí; pero no ha sido hoy. Fué el sábado, al volver de París. Vine en un coche que tenía roto el cristal de una ventanilla, y el aire me daba de frente...

MIQ ¿Por qué no cambió usted de sitio con otro viajero?

URB. No podía ser... Venía yo solo en el coche.

MIQ ¡Ah! Comprendo...

URB. Eso es. (Pausa embarazosa. Fuera, arrecia la lluvia.)

MIQ. Llueve cada vez más fuerte.

URB Sí .. ¡Qué tiempecito!...

MIQ Esto es muy bueno para la tierra.

URB. Para los árboles...

MIQ Para las hojas...

URB. Solo es peligroso para los frutos...

MIQ. Me parece que se van á perder las cosechas ..

URB. Sí. Tanto mejor. (Se oye un trueno)

MIQ. ¡Qué tiempecito!... (Pequeña pausa.) ¿Quería usted alguna cosa, señor conde?

URB. No, nada. (Hace un gran esfuerzo y dice sin mirarla.) Es decir, sí... señorita. Yo tengo que decirla una cosa, que hace mucho tiempo quiero decírsela... Una cosa muy grave; una cosa muy seria.

MIQ. ¿Que?

URB. Yo quisiera...

MIQ. (Temblando.) ¿Qué?...

URB. (Se encuentra con la mirada de Miquette, y dice con dulzura.) Una caja de cerillas.

MIQ. ¡Ah!

URB. (Con pasión.) ¡Cerillas finas!

MIQ. No tenemos de esa clase.

URB. Entonces deme usted diez cajetillas. Es lo mismo.

MIQ. (Cogiendo las cajetillas.) ¡Como todos los días! (Las cuenta nerviosamente.) Una, dos y dos siete

y una diez. (*Se las echa en el sombrero.*) Fuma usted demasiado.

URB. ¡Jamás!

MIQ. ¿No?

URB. Hasta la vista, señorita... Que usted lo pase bien. (*Se va y queda un momento fuera, ante el escaparate, en presencia del público; en seguida vuelve á entrar.*)

MIQ. ¿Es usted otra vez?

URB. Sí. Vuelvo, porque ya he encontrado un medio...

MIQ. ¡Usted dirá!

URB. Tengo precisión de enviar inmediatamente una tarjeta postal... Deme usted una.

MIQ. ¿Ilustrada?

URB. Eso es: ilustrada, con una ilustración.

MIQ. (*Le ofrece el muestrario.*) Aquí tiene usted las colecciones.. ¿Cuál le gusta?

URB. Cualquiera... La que elija usted.

MIQ. (*Tomando una.*) Aquí tiene usted precisamente una preciosa vista de su castillo. Mirando con una lupa, se distingue á su tío, el señor Marqués, asomado á una ventana.

URB. (*Vivamente.*) ¡Entonces no!... No quiero que vea lo que escribo.

MIQ. No sé cuál... Escoja usted la que más le guste.

URB. (*Señalando una.*) Esta... Este ramo de margaritas... Es muy bonito y muy original.

MIQ. Pero en esa tiene usted muy poco sitio para escribir.

URB. No importa. Es muy poco lo que tengo que escribir; cuatro ó cinco palabras nada más.

MIQ. Entonces le bastará con un sello de cinco céntimos. El nuevo reglamento permite circular con un sello de cinco céntimos, toda tarjeta postal donde se escriban cinco palabras que constituyan una fórmula de cortesía.

URB. Mejor; mucho mejor... Me alegro mucho.

MIQ. ¿Y es una fórmula de cortesía lo que va usted á escribir, señor conde?

URB. Sí... Puede usted verlo. (*Escribe con mucho cuidado. Miquette lee por detrás.*)

MIQ. (Leyendo.) «Señorita... amo... á... usted... locamente.» (Con furor.) ¡Esto es demasiado fuerte!

URB. (Asustado.) Pero...

MIQ. ¿Eso escribe usted? ¿Se atreve á escribir eso?... ¡Y á una mujer!... ¡Porque estoy segura de que es á una mujer!...

URB. Sí... es...

MIQ. ¿Y á esto llama usted una fórmula de cortesía?

URB. Me parece...

MIQ. La administración no considera una declaración amorosa como una fórmula de cortesia, caballero. Y tiene mucha razón. Por consiguiente, tendrá usted que poner un sello de diez céntimos. (Corta un sello con rabia y lo pega.) Claro es que usted puede escribir lo que le parezca; pero no tenía usted necesidad de hacerme leer esos horrores. Ha sido una falta de tacto sencillamente... Por lo demás, ya ve usted que la cosa me deja completamente tranquila. La prueba es que yo misma voy á echar en el buzón la tarjetita. (La mira.) ¡Qué ridículo es este ramito de margaritas!... ¡No sé cómo hay quién lo compre!... (Se dispone á echar la tarjeta en el buzón.)

URB. No... no... espere... Que no tiene la dirección.

MIQ. (Desesperada.) ¡Ah! ¿También hay que poner la dirección?... ¡Esto es el colmo! Tenga usted.

URB. (Escribiendo.) Está bien... Porque yo pensaba... (Le da la tarjeta.) Esta es la dirección...

MIQ. (Leyendo.) Miquette Grandier... (Se detiene confusa.) ¡Pero esta soy yo! Miquette Grandier... ¡Yo creo que esta soy yo...!

URB. Yo también.

MIQ. Entonces es á mí á quien...

URB. (Muy bajo.) Sí...

MIQ. ¡Oh, Dios mío!... (Rompe á llorar.)

URB. Miquette... Sí... Yo no me atrevía á decírselo, porque aunque parezco tan animoso y decidido, en el fondo no soy lo que parez-

co... Pero no llore usted así... ¿La disgusta lo que la he dicho?... Miquette, Miquette, ¿por qué llora usted de esa manera?

MIQ. (Llorando siempre.) ¡Porque estoy muy contenta!

URB. Pero, caramba, cuando se está contento no se llora... ¡Esto es absurdo!

MIQ. Es que me siento feliz... Porque... ¿no sabe usted una cosa?

URB. ¿Qué?

MIQ. (Cesando de llorar.) ¡Que yo también le amo á usted!

URB. ¡Ah, Dios mío!... (Rompe á llorar.)

MIQ. Urbano... No llore usted, no llore usted... ¿Por qué llora usted de esa manera?

URB. ¡Porque estoy muy contento!... Pero ya se acabó.

MIQ. Y también por mi parte.

URB. ¡Ay, Miquette!

MIQ. ¡Ay, Urbano!

URB. Esta es una historia, igual que todas.

MIQ. Una hermosa historia.

URB. Sin sospecharlo siquiera...

MIQ. Enamorados... ¿No es verdad?

URB. ¡Yo la amo!

MIQ. (Mirando la tarjeta.) Locamente... En la tarjeta dice locamente... (Vuelve á mirarla.) ¡Y qué lindo es este ramo de margaritas!... Tiene usted muy buen gusto... Pero, puesto que era para mí, bastaba con un sello de cinco céntimos en lugar del de diez.

URB. ¡Qué más da!... ¿Quién piensa en el dinero en un momento como este?... La amo...

MIQ. ¿Y desde cuándo?

URB. No lo sé fijamente...

MIQ. Yo sí... me acuerdo... Fué en el paso á nivel de San Saturnino.

URB. Sí... También me acuerdo... Iba yo de Chateau-Thierry á la Ferté...

MIQ. Y yo volvía de la Ferté á Chateau Thierry... Le divisé á lo lejos, en el camino, y me dije: «¡Qué buena figura tiene Urbano!»

URB. Y yo pensé: «¡Vaya si es distinguida la estanquerita!»

MIQ.	Nos acercábamos...
URB.	Ya íbamos á cruzarnos...
MIQ.	Cuando, ¡crac!....
URB.	Cerraron el paso á nivel.
MIQ.	Yo me puse de codos en la barrera.
URB.	Y yo también.
MIQ.	Le miré.
URB.	Nos miramos.
MIQ.	Me eché á reir. (Ríe.)
URB.	Nos echamos á reir. (Ríe.)
MIQ.	Entonces, una armonía deliciosa llenó los aires.
URB.	Era la guardabarrera que tocaba el cuerno: ¡pin, pin, pin!...
MIQ.	Después se oyó á lo lejos como un himno celeste... ¡chu... chu...! Era el tren que llegaba.
URB.	Y de pronto ya no nos vimos.
MIQ.	Pasaba el tren...
URB.	Había entre nosotros una locomotora.
MIQ.	Tres furgones.
URB.	Dos vagones de primera clase, tres de segunda, cinco de tercera... y dos vagones de animales... ¡Cuántas cosas nos separaban en un momento!
MIQ.	Al día siguiente vino usted al estanco á comprar una cosa que le hacía mucha falta; pero que no sabía lo que era. Yo le miré y me eché á reir, como la víspera. Al otro día lo mismo. Y los otros también. Yo me reía siempre que usted venía. ¡Cuando usted faltaba, no me reía. Y una semana entera que estuvo usted sin parecer por aquí, yo la pasé llorando. Entonces comprendí que era usted la causa de mis alegrías y de mis tristezas... y que yo estaba enamorada... y nada más.
URB.	¡Nada más! Pues yo, después de la aventura del paso á nivel, me fuí corriendo al castillo, cogí un cuaderno que me quedaba del colegio y escribí en la primera página: «Diario de mi vida. Documento secreto».
MIQ.	¿Y qué tiene dentro?
URB.	¡Usted lo llena todo!
MIQ.	¡Pero eso es muy comprometido!

URB. No lo crea usted. El manuscrito está escondido en el fondo de mi corazón. Nadie en el mundo sospecha su existencia.

MIQ. Tanto mejor. ¡Si lo cogiese su tío!... Es un hombre terrible.

URB. Terrible... pero admirable.

MIQ. ¿No le ha hablado usted nunca de sus sentimientos?

URB. No... Es decir, una vez empecé á decirle... ¡pero sin nombrarla, por supuesto!

MIQ. Y él, ¿qué le respondió?

URB. Me respondió de una manera evasiva.

MIQ. ¿Cómo?

URB. Me dijo: «Vete á paseo, idiota».

MIQ. Sí que es evasiva... Demasiado evasiva... ¿Y si pretendiera separarnos?

URB. (Fanfarrón.) No, no... Desde que sé que usted me ama, ya soy otro hombre.. Y si mi tío pretendiera intervenir en mis asuntos, no se iría sin contestación... Vaya... Ya vería usted. Le diría: «Soy un hombre y no una criatura.» (Durante estas palabras ha entrado el Marqués. Cuando Urbano le ve empiezan á temblarle las piernas.)

ESCENA X

DICHOS y el MARQUÉS

MARQ. Urbano, hijo mío, vas á hacer el favor de coger tu sombrero (Urbano lo hace, después de vacilar un momento.) y tu paraguas... (El mismo juego.) En seguida tomarás la puerta; después la segunda calle á la derecha y la tercera de la izquierda... y luego la carretera nacional, número treinta y tres bis, que te conducirá á mi hermoso castillo de la Torre-Miranda. Entrarás en el, subirás á tu cuarto y allí podrás continuar la redacción del «Diario de tu vida»... Anda, anda. (Mutis Urbano.)

MIQ. (Aparte.) Se ha resistido un poco, pero no mucho.

MARQ. (Aparte.) Es muy guapa. (Alto.) Señorita Mi-

quette, acabo de representar aquí una escena de repertorio. ¿Usted ha visto *La Dama de las Camelias*? Sí, seguramente, porque á usted le gusta muchísimo el teatro.

MIQ. Señor Marqués, ¿cómo sabe usted?

MARQ. Lo he leído en el Diario.

MIQ. ¿En el diario?

MARQ. Sí, en el Diario de la vida de mi sobrino. Es una idiotez completa el tal Diario. . Y además, está plagado de faltas de ortografía.

MIQ. ¿Pero usted le conoce?

MARQ. Desde esta mañana. Le encontré en medio del billar.

MIQ. ¡Oh! ¡Y me dijo que lo tenía escondido!

MARQ. Sí. Lo tenía escondido en medio del billar. No es muy buen escondite que digamos. Ahora bien, al hojearle, he descubierto que el conde Urbano se ha enamorado de usted sin mi permiso; y por eso acabo de representar aquí el papel del padre de Duval .. Con la diferencia de que el padre de Duval es un carácter burgués y sin prestigio, mientras que yo soy una naturaleza brillante y corrompida.

MIQ. Pero, señor Marqués...

MARQ. Señorita, vengo á reclamarla mi sobrino.

MIQ. (Un poco turbada.) No le comprendo.

MARQ. Hija mía, míreme usted. ¡A mí no se me puede engañar! Yo he visto muchas cosas y he tratado con mucha gente; usted, sin duda, ignora que siendo muy joven todavía, yo he desempeñado durante el segundo Imperio un papel importante. Yo presenté á Hortensia Schneider al príncipe de Gales; yo me he tuteado con Octavio Feuillet, con el Gran Duque de Baden y con otros personajes; yo he derramado el Champagne en compañía del Rey de Sajonia... ¡En aquel tiempo aún se nos permitía ser útiles á nuestro país! Y entonces adquirí las cualidades que poseo: un juicio prodigioso, un buen sentido disparatado y una voluntad asombrosa.

MIQ. (Aparte, aterrada.) ¡Tengo miedo!

MARQ. Ahora bien; sepa usted que he decidido,

irrevocablemente decidido, que mi sobrino no se case más que á mi gusto, y que ese matrimonio será un matrimonio de dinero... Sepa usted también que la he comprendido en un abrir y cerrar de ojos. ¡Usted es una pescadorcita!...

MIQ. ¿Yo?

MARQ. ¡No está mal pensado!... Usted se ha dicho: «El conde Urbano es un infeliz, un simple, no tiene pizca de malicia, con un poco de coquetería se le atrapa; y el día menos pensado, condesa de la Torre Miranda.»

MIQ. ¿Yo? ¿Hacerme esos cálculos? ¡Eso es indigno, señor Marqués! usted no tiene derecho de decir eso.. No, no tiene usted derecho...

MARQ. Entonces ¿qué es lo que voy á creer? Si usted no piensa casarse con él, ¿es que quiere usted ser su amante?

MIQ. ¡Su amante!... Yo soy una muchacha honrada, caballero, y nadie lo puede dudar... ¿Oye usted? ¡Nadie!... No porque haya usted hecho todo lo que cuenta, durante el Primer Imperio, le voy á permitir que me diga esas cosas.

MARQ. ¿Como el Primer Imperio?... ¡El Segundo, el Segundo!... En fin, ¿qué miras se lleva usted con mi sobrino?

MIQ. Amarle.

MARQ. ¡Válgame Dios!... Usted no tiene más que dos manos, la derecha y la izquierda... ¿Qué mano le va usted á dar?

MIQ. No lo sé... Las dos...

MARQ. (*Aparte.*) Es verdaderamente interesante la muchacha. (*Alto.*) Escuche usted, hija mía. Yo la he comprendido en un abrir y cerrar de ojos... Usted es una buena muchachita... Una provincianita seria, ordenada, metódica... Usted no ha nacido para las aventuras... Y esta es una historia, como usted comprende, que no tiene solución. Acabemos de una vez. Urbano se casa.

MIQ. (*Sorprendida.*) ¿Qué?

MARQ. Es cosa decidida. Ya encargué la sortija de pedida. La comida oficial de novios, es el

próximo jueves. Urbano se casa con la señorita Mercadier.

MIQ. No es verdad, no es verdad... ¡Ella es horrible!

MARQ. Todo lo horrible que usted quiera pero tiene tres millones de dote, ó sea de daños y perjuicios.

MIQ. Y tres días antes de la comida de novios, se ha atrevido él á decirme... ¡Entonces se burlaba de mí! ¡Si parecía no saber nada de todo esto!

MARQ. (Aparte.) ¡Caramba!

MIQ. ¡Esto es monstruoso! Sí; es monstruoso.

MARQ. Sí, es monstruoso.

MIQ. ¿Verdad, señor Marqués?... Usted no hubiera hecho semejante cosa. . Usted es una naturaleza leal...

MARQ. Sí, leal, brillante y corrompida... Vamos, séquese usted esos ojitos, esos lindos ojitos... Vaya si son lindos, y el cabello también... (Aparte.) Es demasiado bonita esta criatura... Demasiado bonita... Es muy peligrosa.

MIQ. ¡Oh, el miserable!... ¡Pero yo me vengaré...! Por lo pronto no quiero volverle á ver.

MARQ. Buena idea.

MIQ. Y quiero que sepa que yo también me burlaba de él... Y que me busque y que me persiga y que me eche de menos. ¿Qué hacer?

MARQ. Sí ¿qué hacer?... Pensemos.

MIQ. Pensemos.

MARQ. Yo tengo una idea pero está todavía un poco lejana.

MIQ. Venga, venga...

MARQ. Ya se acerca, se acerca...

MIQ. ¡A ver...!

MARQ. Ya llega, ya llega... ¡Aquí está! Escuche usted, señorita... Yo la he comprendido en un abrir y cerrar de ojos.

MIQ. ¡Todavía...!

MARQ. Usted es una parisiense de raza, lista, avispada, hecha para la vida y para el movimiento.

MIQ. Sí, sí.

MARQ. Usted quiere que se la busque, que se hable

de usted... Usted quiere ser elegante, célebre, festejada...

MIQ. Una gran actriz.

MARQ. ¡Bravo!... Es verdad que á usted le gusta el teatro.

MIQ. Me entusiasma.

MARQ. Usted tiene disposiciones...

MIQ. Sí que las tengo.

MARQ. No hay más que hablar.

MIQ. Tiene usted razón. ¡El teatro! Seré una mujer elegante, seductora... Se hablará de mí en los periódicos... Se me perseguirá... Podré gastarme treinta francos en un sombrero.

MARQ. (Aparte.) ¡Es adorable!

MIQ. Ya verá él; ya verá... Yo le haré que sufra... Pero ¿y cómo llegar?... Yo no conozco á nadie...

MARQ. Yo sí... Conozco á un hombre superior, muy *chic*, muy atrevido, no muy joven ciertamente, pero todavía viejo.

MIQ. ¿Quién es?

MARQ. Yo.

MIQ. ¿Usted?... ¿Usted me ayudará á vengarme de su sobrino?

MARQ. ¡No hablemos más de mi sobrino!... Se ha portado con usted de una manera indigna.

MIQ. Señor Marqués.. ¡No sé cómo expresarle mi gratitud!

MARQ. ¡Ya lo sabrá usted!

MIQ. Es usted demasiado bueno... En usted confío.. ¿Qué debo hacer?

MARQ. Marchar á París.

MIQ. Eso es... A París, á París; hoy mismo, ahora mismo, en el tren de las siete y veinte.

MARQ. Pero criatura, ¿así, tan de repente? Esto es demasiado.. ¿Quiere usted abandonar á su mamá?.. Precisamente va usted á emprender una vida en la que es indispensable una madre... ¡Si usted no la tuviera, tendría que inventarla...!

MIQ. No, señor Marqués, no pienso abandonarla; ¡pobre mamá!.. Pero la conozco muy bien... Si la explico mi proyecto, no me dejaría realizarlo. Y tomando una resolución, como

me quiere tanto, aceptará los hechos consumados. Voy á París, á casa de mi tía Marcela: dejo dos letras á mamá y allí me encontrará... ¿No le parece?

MARQ. Bueno. Conste que yo me lavo las manos. Puesto que está usted decidida á marcharse esta misma tarde, váyase usted. Mañana por la mañana, á primera hora, yo estaré también en París y entonces tomaremos una resolución. Vaya usted á mi hotelito á buscarme. Aquí tiene usted una tarjetita (se la da.) para que la dejen pasar inmediatamente...

MIQ. (Leyendo.) «Calle de la Beneficencia, número ocho, hotel.»

MARQ. Sí, he escogido la calle de la Beneficencia, para realizar allí todas mis buenas acciones.

MIQ. ¿Es cierto que tiene usted una voluntad asombrosa?

MARQ. Sí. Me asombra á mí mismo.

MIQ. Además, yo no arriesgo nada con su protección... Todo el mundo dirá que usted no puede ser para mí más que un padre.

MARQ. ¿Eh?... ¿Qué?... (Aparte.) ¡Es admirable!

MIQ. (Escribe.) «Mamá, me marcho... Te espero en París, calle de la Beneficencia, número ocho... No te asustes y perdóname... Ya te explicaré...» (Hablado.) Nada más. Ya estoy lista. (Se pone el sombrero.)

MARQ. (Sacando la cartera.) Hija mía. Aquí tiene usted para el viaje...

MIQ. ¡Por quién me toma usted, señor Marqués!... (Saca la hucha del cajón.) Tengo mi hucha.

MARQ. (Aparte.) ¡Tiene una hucha! ¡Es encantadora!

MIQ. ¡Pobre huchita!... ¡Voy á romperte antes de lo que pensaba! (La rompe.) ¡Con qué facilidad se rompe!

MARQ. ¡Nunca había visto romper una hucha!... ¡Es una cosa desgarradora!... Vamos, hija mía; son las siete ..

MIQ. Sí; tengo el tiempo justo... Hasta mañana. (Mira en derredor, como despidiéndose de todo.) ¡Adiós! (Va á salir y se detiene.) Es muy triste marcharse tan sola... ¡Ah... Julieta! (Vuelve

corriendo, coge la muñeca que está á la derecha sobre un mueble ó fuera de escena, según convenga, la envuelve en su chal y se la lleva.)

MARQ. ¡Tiene una muñeca!... ¡La adoro, la adoro!... (Al salir Miquette, tropieza con un Panadero que entra.)

PAN. Un cigarro.

MIQ. El señor le servirá.

PAN. Un cigarro.

MARQ. Con mucho gusto. (Le ofrece la petaca. El obrero se asombra; luego toma un cigarro.)

PAN. ¿Qué le debo?

MARQ. Nada.

PAN. Muchas gracias, amigo... ¡Qué buen estanco!... Volveré. (Mutis.)

MARQ. ¿Cómo? ¿Amigo? Jamás he tenido un estanco; pero es una cosa repugnante. (Enciende un cigarro.) ¡Excelente jornada!... He puesto á mi sobrino en el buen camino, y yo me dispongo á seguir el otro... ¡Esto es lo que se llama ser un buen padre de familia!

MAMÁ (Entrando, al verle.) Señor Marqués...

MARQ. (Aparte.) ¡La mamá! (Saluda.) Tengo el honor de saludarla, señora... (Mutis.)

ESCENA XI

SEÑORA GRANDIER y LABOURET. En seguida un EMPLEADO

MAMÁ (Mirándole con admiración.) ¡El último caballero!... ¿Dónde estará Miquette?

LAB. (Entrando.) Señora Grandier... Me dejé antes olvidadas las tarjetas postales.

MAMÁ Aquí están... Yo se las hubiera enviado.

EMP. (Entrando.) Señor Sub prefecto. Le estoy buscando hace una hora. Ha llegado un despacho oficial.

LAB. ¡Mi ascenso, seguramente!... Venga, venga. (La abre.) «Interior á Sub prefecto de Chateau-Thierry. Sabido que asiste á misa todos los domingos hace más de tres meses... Debe usted presentar inmediatamente su dimisión.» (Gritando.) ¡Oh! (Se deja caer en una silla.)

MAMÁ (Durante este tiempo ha encontrado la carta de Miquette y la ha leído.) ¡Perine, Perine!

PER. (Sale.) ¿Qué pasa?

MAMÁ Miquette... ¡Se ha marchado! ¡Qué horror!... ¡Pronto, dame mi sombrero! Perine, á escape, á escape... ¡Me voy á París!

LAB. (Dando un salto.) ¡Yo también me voy á París!

MAMÁ ¡Dios mío! ¡No hay nada tan ingrato como una hija!...

LAB. Sí, señora. ¡El Ministro de la Gobernación!

(Se lanzan á la puerta, seguidos por Perine y «Medor». Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salón del hotel del Marqués de la Torre-Miranda, en París, calle de la Beneficencia. En las paredes, retratos y miniaturas de los antepasados. Un balcón. A la derecha é izquierda, puertas. Otra en el foro, que da al vestíbulo. Mesas y sillas siglo XVIII. Un «boureau». Muebles de familia.

ESCENA PRIMERA

PEDRO; luego, el PORTERO. Al levantarse el telón, la escena este sola y á obscuras. Las maderas del balcón están cerradas. Sobrá una mesa, el sombrero y el velo de Miquette. En una de las sillas, la muñeca tapada cuidadosamente. Entra Pedro, abre las maderas, comienza á limpiar y ve el sombrero

PED. ¡Oh!

PORT. (Entra con un telegrama en la mano.) ¿Está usted aquí, Pedro?

PED. (Por el sombrero.) ¿Qué es esto?

PORT. Esto es un sombrero.

PED. ¿Entonces aquí hay una mujer? Porque no hay sombrero sin mujer...

PORT. Sí. Ha venido esta mañana bien temprano; apenas se acababa usted de marchar á oir misa... ¿Cuándo ha vuelto usted que no le he visto?

PED. Hace un momento. Usted no estaba en la portería.

PORT. Pues como le decía, vino esta mañana acompañada de una tía suya, según me dijo, que se marchó sin querer subir. Traía una tarjeta del señor Marqués. El señor Marqués también me ha telefoneado, diciendo que vendría esta mañana y que aguardaba esa visita. Yo subí con ella y la instalé en ese cuarto. Ya lo sabe usted todo.

PED. ¡He aquí una historia! Hace diez años que no he visto aquí un sombrero á las nueve de la mañana. Los hemos tenido de cinco á siete de la tarde, y algunas veces de diez á doce de la noche. ¡Pero por la mañana!... ¡Esto no me gusta!... Sombrero por la mañana, disgusto seguro.

PORT. Y todavía no le he dicho á usted lo mejor. ¿Sabe usted lo que traía esa señora en los brazos?

PED. No.

PORT. Un niño.

PED. ¿El señor Marqués ha tenido un niño?

PORT. ¡Caramba!

PED. ¡Un niño! ¿De quién podrá ser?

PORT. ¡Vaya usted á saber!... Bueno; aquí traigo este telegrama, que debe ser para la señora del sombrero.

PED. (Leyendo la dirección.) «Señorita Grandier.» ¡Una hija de familia! No cabe duda; esta es la joven del niño.

PORT. Me marcho á mi portería... Ya me tendrá usted al corriente. (Mutis.)

ESCENA II

PEDRO y MIQUETTE

PED. ¿Quién podrá ser esta mujer? (Llama en la puerta de la derecha.)

MIQ. (Dentro.) ¿Quién es?

PED. Pedro, el ayuda de cámara del señor Marqués.

MIQ. ¿Qué quiere?

PED. Acaba de recibirse un telegrama para usted.

MIQ. ¿Un telegrama?... Venga. (Sale, toma el despacho y lo lee.)

PED. (Mirándola.) ¡Caramba! ¡Es muy jovencita!... El señor Marqués envejece.

MIQ. (Leyendo.) «¡Desgraciada criatura! He perdido el tren de la tarde. Te maldigo. No quiero volverte á ver. Llegaré á las diez y diez de la mañana. Sal á esperarme á la estación. Tu madre.» ¡Pobre mamá!... ¿Qué hora es?

PED. Las nueve y media.

MIQ. Hágame el favor de avisar un coche inmediatamente.

PED. Bien, señora.

MIQ. ¡Ah!... Que lleven en seguida esta carta á su destino. (Le da una carta.)

PED Bien, señora. (Lee el sobre.) «Señor Monchablón, calle de la Luna.» ¡Puf! ¡Qué relaciones! (Mutis.)

MIQ. La verdad es que es un poco fuerte lo que he hecho... Pero ya está hecho y no retrocedo. (Mirando á su alrededor.) Es bonito todo esto. Hay lujo. ¡Y qué lindos retratos!... Deben ser muy antiguos, porque todos están disfrazados.

PED. (Entra.) El portero ha ido á buscar el coche.

MIQ. Bien.

PED. ¿La señora miraba nuestros retratos de familia?... Tenemos bastantes... ¿La señora no necesita nada?

MIQ. Nada.

PED. ¿Y el bebé?

MIQ. ¿El bebé?... (Comprendiendo.) ¡Ah!

PED. ¿Es niño ó niña?

MIQ. No lo sé.

PED. ¿Cómo?

MIQ. (Descubriendo la muñeca.) ¡Mire usted!

PED. ¡Una muñeca! (Aparte.) ¿Qué mujer es esta? Si la señora desea descansar un poco mientras viene el señor Marqués, en ese mismo cuarto hay una cama.

MIQ. No, gracias. Ya no debe tardar... Es muy bonito ese cuarto.

PED. Es el del señor Conde.
MIQ. ¿Del señor Conde?
PED. Sí, del señor Conde Urbano.
MIQ. Pero, ¿cómo?... ¿Esta casa es suya?
PED. No, señora; el hotel es del señor Marqués, pero el señor Conde tiene aquí un cuarto para él.
MIQ. ¿Y es ese?... ¡Es feísimo!... ¿Y viene aquí con frecuencia el señor Conde?
PED. En este tiempo casi nunca... En invierno suele venir algunas veces, solo por veinticuatro horas, con un maletín en una mano y en la otra el «Diario» de su vida.
MIQ. ¿Pero usted también conoce el «Diario» de su vida?
PED. Yo no. El portero es quien lo ha leído.
MIQ. ¡El portero!
PED. Sí. Vinieron á traérselo una vez que el señor Conde lo había perdido en el ferrocarril Metropolitano.
MIQ. ¡En el ferrocarril Metropolitano!
PORT. (Entrando.) El coche de la señora está esperando. (Mutis.)
MIQ. Bueno. Volveré en seguida. (Saludando á Pedro.) Hasta ahora, caballero. (Mutis.)
PED. ¡Caballero!... ¡Que mal educada! ¿Pero qué mujer es esta?

ESCENA III

PEDRO, LAHIREL

PED. Buenos días, señor Lahirel.
LAH. ¿No está aquí el Marqués?
PED. No señor; no está en París.
LAH. He recibido un telegrama suyo, rogándome que me pasara por aquí en seguida.
PED. Entonces es que vendrá en automóvil de Chateau-Thierry.
LAH. Bueno, le esperaré.
PED. ¿No sabe usted?...
LAH. ¿Qué?

PED. ¡Hay novedades!... Desde esta mañana, tenemos una señora en casa... Una historia.

LAH. ¿Cómo?... ¿El Marqués engaña á Herminia?

PED. La señora Herminia d'Etigny, nuestra querida amiga, una mujer interesante con quien tenemos relaciones hace seis años... Sí; la engañamos.

LAH. ¡Oh!... ¡Engañar á Herminia, una mujer que le ha dado tantos disgustos!... Esto es poco distinguido, por parte de Adalberto... ¡El, que pertenece á una de las más rancias familias!... ¡Poco *chic*!... ¡Poco *chic*!

PED. ¡Qué quiere usted, señor Lahirel!... Digámoslo entre nosotros: somos unos plebeyos.

LAH. ¿Eh?

PED. ¡Esto se va, señor!... Hace treinta años que estoy en la nobleza, y veo que se va acabando... Hoy ya no hay gentes bien nacidas. ¡Ya no se nace bien!

LAH. ¡Lo peor es que todavía se sigue muriendo!

PED. ¡De la herencia de los antepasados ya no queda nada!

LAH. Sí; la gota.

PED ¡La gota es la raza!

LAH. (Suspirando.) Sí. ¡Yo he hecho todo lo posible por tenerla! ¡Hasta una temporada de baños! ¡Y nada! (Se oye la bocina de un automóvil.)

PED. ¡Calle!... Aquí está el señor Marqués... Reconozco nuestra trompa. (Va á la puerta.)

LAH. ¡La pobre Herminia!... ¡Abandonada! Esto me contraría. ¡Qué demonio!

ESCENA IV

LAHIREL, EL MARQUÉS, PEDRO

MARQ. (Entrando; á Pedro, en voz baja.) ¿Dónde está, dónde está?

PED. (Bajo.) La señora ha salido... Dijo que vendría en seguida.

MARQ. Bien. (Mutis Pedro.) ¡Buenos días, querido Lahirel!... Mírame. ¿No me encuentras cambiado?

LAH. No.

MARQ. ¡Imbécil... ¿No sabes lo que tengo desde ayer á las cinco de la tarde?

LAH. Un año más.

MARQ. ¡Idiota! ¡Treinta años menos!... Los he perdido en un estanco.

LAH. ¿Los has perdido? No tengas cuidado, ya los encontrarás.

MARQ. No te burles. Estoy loco... No he podido dormir en toda la noche. ¡Estoy desconocido!... Todo me parece bueno, agradable, espiritual... ¡Hasta tú mismo!

LAH. Gracias.

MARQ. ¿Por qué?... ¡Porque estoy enamorado como un colegial, de una mujercita ingenua, tímida, virtuosa, que apenas tiene veinte años... ¡Una mujer de mi misma edad!

LAH. ¿Y desde cuándo?

MARQ. Desde ayer.

LAH. ¿Cómo ha sido eso?

MARQ. En un abrir y cerrar de ojos. He tomado dos resoluciones: elevarla y hacer que me ame... La primera está cumplida... La segunda... ¿qué hora es?

LAH. Las diez.

MARQ. A las once me adorará... Precisamente por esto te he llamado.

LAH. ¿Cómo?

MARQ. Sí. Aquí tienes un cheque. Vas á cobrarlo á casa de mi banquero y en seguida vas á ver á Herminia y á romper con ella, de mi parte... Comprendo que es un poco fuerte, después de tres años que me adora y que me es fiel, pero... ¡en tí confío!... Es un gran favor, que olvidaré seguramente; pero es un gran favor...

LAH. Imposible... Lo siento mucho, pero me es imposible.

MARQ. ¿Cómo?... ¿No quieres prestarme ese servicio?... Tú... ¿Mi amigo de siempre, mi antiguo camarada?

LAH. No, no puedo romper con Herminia de tu parte...

MARQ. Pero...

LAH. No puedo... Manda á otro... Yo no encuentro manera...

MARQ. Pero ¿por qué?

LAH. ¿Por qué?... Porque hace seis meses que tengo relaciones con ella.

MARQ. ¿Tú?

LAH. Sí...

MARQ. (Abrazándole.) Gracias, amigo mío, gracias... Entonces puedes hacer lo que te he dicho; solo que en vez de pasarte por casa de mi banquero, te pasas por casa del tuyo.

LAH. ¡Pero esa ruptura es imposible!

MARQ. ¿Por qué?

LAH. Porque si dejas ahora á Herminia seremos trece... ¡Y es mal número!

MARQ. Bueno... ¡Vete á buscar el catorce! Vamos, anda; á casa del banquero. Largo... deprisa... inmediatamente.

LAH. (Saliendo.) Este hombre tiene una voluntad de hierro.

MARQ. ¡Setenta y siete años, y engañado todavía!... ¡Magnífico!... ¡Las diez y cuarto!... ¿Dónde andará esa criatura?... Me siento envejecer con su tardanza... Sí... (Se abre la puerta.) ¡Ella!

ESCENA V

EL MARQUÉS. Después PEDRO y URBANO

PED. Señor Marqués, el señorito Urbano acaba de llegar en automóvil. (Mutis.)

MARQ. ¡Caramba, Urbano aquí!... Hay que evitar que vea á la muchacha... Yo le despediré. Después de todo, como nunca me dice una palabra no me costará mucho trabajo.

URB. (Entra con un maletín bajo el brazo, y bajo el otro el «Diario» de su vida.) Querido tío... Soy yo... Aquí me tiene usted... Soy yo.

MARQ. ¿Qué significa esto?... ¿No sabes que te tengo prohibido venir á París, sin avisarme?

URB. Tengo que hablarle. Le he seguido porque

necesito hacerle una confidencia grave y urgente.

MARQ. ¡Demonio! (Mirando el reloj.) Venga, venga en seguida...

URB. Sí; pero esta confidencia necesita un preámbulo, y este preámbulo es la historia de mi vida. (Se sienta.)

MARQ. ¿Eh?

URB. Sí. Nunca he podido hablar con usted porque siempre me ha intimidado. He tenido miedo.

MARQ. ¡No, no!

URB. ¡Sí, sí!

MARQ. Bueno, pero es que ahora tengo prisa... Espero á una persona.

URB. Con un par de horas tengo bastante.

MARQ. ¡Caracoles!

URB. (Acomodándose en la silla.) Mi niñez fué un sueño. Mi nodriza...

MARQ. Adelante, adelante... (Se pasea impaciente.)

URB. Bueno. A los siete años, mi padre, su hermano de usted me llevó á Italia. Italia, usted lo sabe...

MARQ. ¡No pretenderás ahora describirme Italia!

URB. Usted se lo pierde. Bueno... Cuando cumplí los catorce años...

MARQ. Crece, crece. Te lo suplico.

URB. Bueno. Mi adolescencia fué la de una sensitiva: sencilla y bien cuidada al mismo tiempo temerosa con dulce timidez, sentimental en lo que el sentimiento tiene de más inquietante y de más delicado...

MARQ. Acaba y no me molestes. ¿No te he dicho que espero una visita? Al grano, al grano.

URB. Bueno. Sepa usted que si entraba en estos pequeños detalles, era para prepararle á saber una noticia que usted seguramente ignora. Una noticia increible, inaudita...

MARQ. ¿Y para darme una noticia te has remontado hasta tu nodriza?

URB. Precisamente. Para que pudiera usted comprender toda la extensión de mi dolor.

MARQ. Los grandes dolores son mudos. Por lo tanto, debes callarte.

URB. ¿Callarme? No, querido tío. Se la digo á usted cara á cara. ¡Jamás me olvidaré del paso á nivel!

MARQ. ¿Del paso á nivel? ¡Está loco! En resumidas cuentas, ¿qué es lo que quieres?

URB. ¡Quiero á Miquette! Usted tiene una voluntad asombrosa, grandes relaciones. Es preciso encontrarla. Corramos, querido tío, corramos...

MARQ. No digas tonterías. ¿Acaso sé yo dónde está esa señorita?

URB. Entonces, ¿qué va ser de mí?... Qué es lo que voy á hacer?

MARQ. ¿Lo que vas á hacer? Salir de aquí inmediatamente en tu automóvil, tomar la segunda calle de la derecha y la tercera de la izquierda, enfilar la avenida de la Grande Armée y volverte á Chateau-Thierry, donde me esperarás... ¡Largo!

URB. Bueno. Lo haré. Volveré á Chateau-Thierry, pero le advierto á usted que pondré en movimiento á toda la policía para buscar á Miquette.

MARQ. Este muchacho es tonto. (Al ir á salir Urbano.) Ah, se me olvidaba decirte una cosa, hijo mío.

URB. ¿Qué?

MARQ. Vas á casarte.

URB. ¿Eh? ¿Quién? ¿Yo?

MARQ. Sí. Vas á casarte con la señorita Mercadier.

URB. ¡Jamás!

MARQ. Tú la adoras.

URB. No.

MARQ. Tiene tres millones de dote.

URB. No me importa.

MARQ. Ya has encargado la pulsera de pedida; un diamante magnífico.

URB. No la quiero.

MARQ. La comida de novios será el jueves en el castillo. Te sentarás á su derecha.

URB. No asistiré.

MARQ. Ya está encargado el *vol-au-vent.*

URB. No lo comeré.

MARQ ¡Basta! He dicho que tú te casarás á mi

gusto y que será el tuyo un matrimonio de conveniencia. Por lo tanto, harás lo que te he dicho. Te comerás el *vol-au-vent*, la comida, la novia y la dote.

URB. Pero...

MARQ. Sí. Porque yo soy un hombre de una voluntad asombrosa. Mientras tanto, largo de aquí...

URB. Adiós, querido tío. Que siga usted bueno. (Mutis.)

ESCENA VI

El MARQUÉS, luego MIQUETTE, después la SEÑORA GRANDIER

MARQ. Urbano casado, establecido, bien pronto padre de familia. Esto es una gran alegría para mí y un cuidado de menos. ¡Querer es poder! Quise separar á mi sobrino de Miquette, y están separados. Quise que Miquette abandonara Chateau-Thierry y se instalara en mi casa, y está instalada. Quiero que ella se enamore de mí... se enamorará. Quiero ser agradable, seductor, irresistible... y lo soy. Quiero... ¡pero esto ya no es tan fácil!

MIQ. (Entrando.) ¡Buenos días, señor Marqués!

MARQ. Mi querida Miquette, al fin la veo... (La tiene de las dos manos.)

MIQ. Lo mismo digo.

MARQ. ¡Qué placer estar al fin juntos los dos.

MIQ. Sí. Y ahora será mayor.

MARQ. Ciertamente.

MIQ. Mi mamá viene á reunirse con nosotros.

MARQ. (Desolado.) ¡Ah... tan pronto!

MIQ. Sí, muy pronto. Está abajo, pagando al cochero.

MARQ. ¡Caramba!

MIQ. ¿Parece que no está usted contento?

MARQ. ¿Yo?... Sí... Me siento feliz... Pero ¿qué le ha dicho usted á la mamá?

MIQ. La verdad.

MARQ. ¿Eh?

MIQ Que al ver la conducta de su sobrino, prefería la muerte antes que continuar un momento en Chateau-Thierry. Y que en el preciso momento de marcharme á París, me encontré con usted y usted me ofreció su hospitalidad con una solicitud completamente paternal.

MARQ. (Aparte.) O ella es tonta, ó yo soy un tonto. Lo cierto es que lo somos uno de los dos.

MAMÁ (Entra muy desolada.) ¡Qué catástrofe! ¡Ah, señor Marqués!

MARQ. Señora Grandier, tengo el gusto de saludarla.

MAMÁ (Desplomándose en una silla.) ¡Qué catástrofe!... ¡Ay, Dios mío! ¡Qué hubiera dicho su pobre padre! El que era guarda mayor de montes, hijo de un coronel de gendarmes... Y mi suegro, emparentado con los Pichon.

MARQ. ¡Pichon, caracoles!

MAMÁ ¿Y qué hubiera sido de Miquete, si no tiene la suerte de encontrarle ayer, y si usted no nos invita galantemente á pasar unos días en su casa?

MARQ. ¿Yo?... ¿Yo las he invitado?

MIQ. (Haciéndole un signo de inteligencia.) Sí...

MARQ. Sí. Yo las he invitado.

MAMÁ Y yo se lo agradezco, señor Marqués, porque en casa de su tía no hubiéramos podido estar... ¡Es tan pequeña! Miquette me ha dicho que tuvo que pasar la noche en una silla.

MIQ. Mamá...

MAMÁ Se lo agradezco mucho, señor Marqués... ¿Pero qué pensará la gente de nosotras? Yo que soy tan mirada; mi hija que es tan mirada; toda mi familia que es tan mirada...

MIQ. Pero, mamá... El señor Marqués también es muy mirado... Diga usted á mamá que usted también es muy mirado.

MARQ. Ciertamente, señora Grandier... Yo también soy muy mirado...

MIQ. Y además, todo el mundo sabe que el señor Marqués es un hombre respetable, de edad...

MARQ. Pero...

MIQ. Esto no es comprometedor... Señor Marqués, diga usted á mamá que no es comprometedor.

MARQ. (Aparte.) ¡Esto es muy desagradable!

MIQ. ¡Se lo ruego!

MARQ. Con mucho gusto. Señora Grandier, yo no soy comprometedor..

MAMÁ ¡Qué cataclismo! ¡Tú no sabes lo duro que es para una madre tomar el tren en busca de su hija!... ¡Dios mío! ¿Qué será de nosotras?

MIQ. No te inquietes, mamá. ¡Estoy segura de triunfar! ¿Estarás contenta cuando yo sea una actriz célebre?... Verás cómo rabian los imbéciles que hacen el tonto en el paso á nivel.

MARQ. (Aparte.) ¡Es particular!... Lo que se habla hoy aquí del paso á nivel...

MAMÁ ¡Qué quieres! ¡Me espanta todo eso!

MIQ. Piensa que tal vez pueda llegar á la Comedia Francesa.

MAMÁ ¡Ah, si eso fuese cierto!...

MARQ. (Aparte.) ¡Lo que tranquiliza á las familias la Comedia Francesa!

MIQ. Figúrate que algún día me pueden dar una condecoración... ¡Papá no pudo conseguirla nunca!... Verás. Esta mañana le escribí á Monchablón... ¿No te acuerdas? El empresario... Le he suplicado que venga, y si él me contrata, lo demás corre de mi cuenta.

MAMÁ Es igual... ¡Es horrible! Y todo por haberse enamorado esta criatura de ese imbécil de Urbano... (Reprimiéndose.) ¡Ah... usted perdone!

MARQ. Siga, siga... Estamos conformes.

MAMÁ Todavía me lo hubiera explicado, si se tratara de un hombre como usted, señor Marqués, que tiene tan buenos modales y tan buenas hechuras...

MARQ. ¿Verdad? (A Miquette.) Escuche usted á su madre, hija mía; escuche usted á su madre.

MAMÁ Por lo demás, yo no comprendo nada de nada. Desde que he abandonado mi vida ordinaria, siendo tan mirada, ya no sé lo que soy. Estoy anonadada.

MIQ. Mamá, vete á descansar una hora ó dos, que bien lo necesitas.

MARQ. Sí, sí... Necesita usted un poco de reposo... Voy á instalarla... Pedro la indicará su cuarto...

MAMÁ ¡Ah, señor Marqués!... ¡No sé si atreverme!...

MARQ. ¿Y por qué no, señora?... Los cuartos son muy mirados, la casa ha sido construída por un arquitecto muy mirado, y mi portero estuvo en la campaña de Italia...

MAMÁ Esto me tranquiliza... Usted comprenderá que cuando pienso que mi suegra estaba emparentada con los Pichon...

MARQ. (Aparte.) No conozco á los Pichon, pero debe ser una familia insoportable.

MIQ. Anda, mamá, anda. (La acompaña hasta la puerta. Mutis la señora Grandier.)

ESCENA VII

El MARQUÉS y MIQUETTE

MARQ. Bueno, Miquette. Al fin estamos solos, tranquilos... Nadie vendrá á interrumpirnos... Hablemos.

MIQ. Con mucho gusto.

MARQ. Y es preciso que preste usted mucha atención á lo que hablemos, porque lo cierto es que tenemos que hablar. (La conduce hasta el sofá donde ambos se sientan. El Marqués acercándose cada vez más, y Miquette retirándose poco á poco.)

MIQ. Estamos conformes.

MARQ. (Aparte.) ¡La cosa marcha!... (Alto.) ¿De modo, hija mía, que está usted decidida á dedicarse al teatro?

MIQ. Sí, sí... Y cuento con usted, señor Marqués. Usted me ayudará, usted me lanzará... ¡Ya verá usted qué trágica!...

MARQ. Sí, sí... La tragedia... ¡Es muy graciosa la tragedia! ¡Me encanta su decisión! Pero, ¿ha reflexionado usted que la vida de una actriz, no es como la de una burguesita? Ha

de estar llena de fantasía, de atractivos, de placeres...

MIQ. ¡Eso no me asusta, señor Marqués!

MARQ. (Aparte.) ¡Esto marcha, esto marcha! (Alto.) Pues bien, yo me siento... no sé cómo decirla... yo me siento inclinado para ser el organizador de esos atractivos, de esos placeres...

MIQ. Señor Marqués, estoy confusa...

MARQ. ¡Es natural!... Usted sabe perfectamente que siento por usted una simpatía particular; y cuando digo simpatía quiero decir...

MIQ. ¿Amistad?

MARQ. Sí. Y cuando digo amistad, quiero decir...

MIQ. ¿Afecto?

MARQ. Sí. Y cuando digo afecto, quiero decir... En fin, usted lo sabe... no es necesario que yo lo diga. (Intenta rodearla la cintura con un brazo.)

MIQ. (Con una sorpresa afectada.) ¡Oh!

MARQ. ¿Qué?

MIQ. (Levantándose.) ¿Quién es ese terrible caballero del casco, que me mira tan fijamente? (Señala un retrato.)

MARQ. Es nuestro tronco, nuestro viejo tronco... Hugo Adalberto, primero de la estirpe.

MIQ. Aire marcial... usted se le parece un poco.

MARQ. Gracias, pero...

MIQ. ¿Y aquél otro?

MARQ. Aquel es otro de mis antepasados... El que decidió, con una carga heróica, la defensa de Malplaquet... Pero...

MIQ. ¿Y ese rubito? (Un retrato de niño.)

MARQ. ¡Ah, ese!..

MIQ. ¿Cómo se llama?

MARQ. No se ocupe usted de eso, y escúcheme.

MIQ. Sí, sí, me interesa... ¿Quién es?

MARQ. ¡Qué criatura! ¡Déjelo!...

MIQ. ¿Quién es, quién es?

MARQ. Es, es...

MIQ. ¿No lo sabe?

MARQ. No, no lo sé, pero ahora verá. (Toca un timbre.)

MIQ. ¿Llama usted? (Entra Pedro.)

MARQ. Recordadme el nombre del pequeño.

PED. (Recitando desde la puerta.) Hugo Adalberto Cristián Roch, marqués de la Torre-Miranda,

mariscal de Francia, miembro de la Academia Francesa, muerto en Fontenay á los veintitrés años de edad.

MARQ. Está bien. (Mutis Pedro.)

MIQ. ¡Está mejor enterado que usted, por lo visto!

MARQ. ¡Hija mía, nosotros somos la Historia, y no tenemos necesidad de saberla!... Pero, continuemos... ¿Dónde estábamos? (Vuelven á sentarse.)

MIQ. Me estaba usted diciendo que me quería como un padre.

MARQ. ¿Yo? ¡Yo no he dicho semejante cosa!

MIQ. (Inocentemente.) Entonces es que yo no he comprendido...

MARQ. Tal vez me haya explicado mal... Me explicaré mejor. (Miquette se levanta, mira en derredor, descubre la muñeca y la coge bruscamente.) ¿Pero qué va usted á hacer con la muñeca?

MIQ. Nada... Entretenerme. (La coloca entre ella y el Marqués.)

MARQ. Escúcheme usted, Miquette.

MIQ. Con mucho gusto.

MARQ. (Indica con gestos que la muñeca le molesta.) Cuando fuí ayer al estanco, iba á representar el papel del padre de Duval. Pero ahora el padre de Duval, quiere quedarse por su cuenta.

MIQ. ¡Oh!

MARQ. ¿Qué?... ¿La extraña?

MIQ. ¡Ah, yo no soy gazmoña, pero piense usted que está aquí Julieta! (Dirigiéndose á la muñeca.) Dí, Julietita, ¿qué te parece á tí de esto?

MARQ. ¿Ve usted? ¡No dice nada!

MIQ. Escucha. ¿Qué le responderías tú en mi lugar á este caballero? (La tira del resorte y la muñeca dice: «¡Papá!»)

MARQ. (Molestado.) ¡Papá!

MIQ. ¡Ya ve usted que yo no la he dieho nada!

MARQ. ¡Me revienta esta Julietita! (Se aleja, furioso.)

MIQ. ¿Se ha enfadado usted?

MARQ. (Sin acercarse.) ¡No!

MIQ. ¡Lo ha dicho por divertirse!... Ella no sabe que habla con un hombre que ha vuelto loca á mucha gente, y que todavía...

MARQ. Si... pero usted... (Acercándose.) Julieta sabe muy bien que una muchachita como usted, no puede vivir sin amor...

MIQ Oh, el amor... ¡Qué horror!...

MARQ. Nada de eso... Usted no sabe lo que es el amor... El amor, en París, es el collar de perlas, el coche, el hotelito, la villa en Trouville, la sombrilla de encajes... todas esas encantadoras monerías que cuestan tan caras... Pues bien, niña mía, míreme usted.

MIQ. Ya le miro, señor Marqués.

MARQ. Yo soy el hotelito, yo soy la villa en Trouville, yo soy el coche, yo soy el collar de perlas, yo soy la sombrilla de encajes, yo soy todas esas encantadoras monerías que cuestan tan caras.

MIQ ¿Todo eso?

MARQ. (Acercandose mucho.) Sí: yo estoy loco por usted. Desde que la vi me siento otro; estoy rejuvenecido, emprendedor, entusiasta .. Lo único que le pido; lo único que le pido. (La ha cogido una mano y quiere estrecharla la cintura.)

MIQ (Soltándose, con un grito.) ¡Oh!

MARQ. ¿Qué sucede?

MIQ. (Le tira la muñeca á los brazos.) ¡Que me he picado!

MARQ. ¿Qué?... (Con la muñeca entre los brazos. Entra Pedro con una bandeja en la mano.)

MIQ. Señor, aquí está ..

MARQ. ¿Tú? ¡Quedas castigado ocho días sin paseo! Largo de aquí. (Le tira la muñeca que Pedro recoje entre los brazos y se lleva. Al golpe, cae la bandeja y con ella una tarjeta que queda en el suelo. El Marqués se pasea con rabia.)

MIQ. (Muy zalamera.) Vamos, no se enfade usted... Es usted muy amable y muy bueno para mí, pero quiere usted ir muy deprisa... Ya ve usted el lugar que ocupa en mi vida, en veinticuatro horas... Pero de él, á... hay mucha distancia todavía...

MARQ. Tome usted mi brazo y llámeme Adalberto.

MIQ Oh, no; no me atreveré nunca...

MARQ. Atrévase usted, atrévase usted...

MIQ. No. El día en que yo le llamara Adalberto, estaría decidida á... á... tomar su brazo.

MARQ. ¿Y cuándo, cuándo me llamará usted Adalberto?
MIQ. Quién sabe... muy pronto... acaso dentro de seis meses.
MARQ. ¡Dentro de seis meses tendré diez años más
MIQ. Vamos, tenga usted paciencia... Voy á darle ahora mismo una prueba de amor.
MARQ. Venga, venga.
MIQ. (Con ternura.) Va usted á buscar inmediatamente un hotel, no muy lejos de aquí... El hotel Términus, por ejemplo... Y allí va usted á tomar una habitación para usted.
MARQ. ¡Pero si las tengo aquí y estoy perfectamente!
MIQ. Pero como nos las presta usted á mamá y á mí, es preciso que busque usted donde estar.
MARQ. ¿De modo que me pone usted de patitas en la calle?
MIQ. ¿No es una prueba de confianza?
MARQ. ¡Demasiada!
MIQ. ¡Qué gracioso es usted!

ESCENA VIII

EL MARQUÉS, PEDRO y MIQUETTE

PED. (Entrando.) Señor Marqués... Ahí está una vieja bretona, que viene de Chateau-Thierry preguntando por la señora...
MIQ. ¡Es Perine!... ¡Qué alegría!... Hay que instalarla!
PED. ¿Cómo instalarla?
MIQ. ¿No hay aquí un cuarto para una criada?
MARQ. ¡No hay más que el de Pedro!
MIQ. Bueno, basta con ese... Perine se contentará.
PED. ¿Y yo?
MIQ. ¡Usted irá también á un hotel!
PED. ¡A un hotel!
MIQ. Ya no estará usted solo, caballero. (Al Marqués.)

PED. Y trae también un perro, un perro asqueroso, que lo ensucia todo.

MIQ. ¡Es mi «Medor», es mi «Medor»! .. ¿No tiene usted abajo una caseta?

MARQ. Sí; la de mi perrito.

MIQ. Bueno, pues para «Medor»... El perrito puede ir con usted al hotel. Pobrecillo... Se lo ruego.

MARQ. (A Pedro.) Bueno... Vete á arreglar las casetas, digo, los cuartos.. (Mutis Pedro.)

MIQ. No dirá usted que me corto... Dispongo como si estuviera en mi casa. ¡No le rehuso nada!

MARQ. (Aparte.) ¡Lo que me gusta de esta chiquilla es que me deja hacer todo lo que quiero!

PED. (Entra.) El señor Marqués, no recuerda que hace rato espera ese caballero...

MARQ. ¿Qué caballero?

PED. El de la tarjeta que le pasé antes al señor Marqués...

MARQ. ¿Cuándo?

PED. Hace poco. El señor Marqués estaba muy ocupado... paseando á la muñeca...

MIQ. (Que ha encontrado la tarjeta.) ¡Ah! Es Monchablón... ¡Que pase; que pase en seguida!... (Mutis Pedro.)

MARQ. Pero, ¿quién es?

MIQ. El empresario de quien le he hablado para mi contrata... Aquí está... Hay que recibirle con amabilidad.

ESCENA IX

DICHOS, MÓNCHABLÓN, luego la SEÑORA GRANDIER

MON. ¡Aparezco por el foro!... Ah, es usted señorita.

MIQ. Dispense usted, caballero, por haberle hecho esperar... No me habían avisado.

MON. No hay de que... Así como así, he aprovechado el tiempo estudiando un papel que pienso estrenar en Soisson... Don Juan.

MARQ. ¡Don Juan... caramba!

MON. ¡Es mi especialidad!

MIQ. Ante todo, permítame usted que les presente... El señor Monchablón, el señor la Torre-Miranda... Marqués de la Torre-Miranda.

MON. ¡Marqués!... Ah; es mi especialidad. Le felicito.

MARQ. ¿Por qué?

MON. ¡Es deliciosa! (Por Miquette.)

MARQ. (Aparte.) ¡A mí no me disgusta!

MIQ. Ya sabrá usted por mi carta, que desde ayer he tomado una resolución muy importante.

MARQ. Muy importante.

MON. En efecto. Ha cambiado la decoración. (Mirando los retratos de familia.) Muy bonitas esas naturalezas muertas.

MIQ. Estoy decidida á dedicarme al teatro y como usted me ofreció galantemente su consejo, he pensado...

MARQ. Hemos pensado. .

MON. Muy razonable... Por mi alta situación, estoy indicado naturalmente para aconsejar á las jóvenes estrellas, deseosas de abrir sus alas para bogar por el oceano del arte.

MARQ. (Aparte.) ¡Se explica muy bien!

MON. Buen físico de teatro, buenas formas, una casa muy bien puesta, un amigo decorativo; en una palabra, mucho talento... ¿Y qué género?

MIQ La tragedia, el drama.

MON. ¿Ha representado usted alguna vez?

MIQ. Sí, en el colegio... Y si tuviera usted alguna cosa para mí.

MON. Es posible... Estoy organizando en estos momentos una tournée, un espectáculo familiar, compuesto de *La Dame de chez Maxim's* y una obra inédita. . Tengo una dama *de chez Maxim's* perfecta; un poco triste, pero perfecta... Pero en la obra el papel de la baronesa no lo tengo comprometido.

MARQ. ¿Ah, la baronesa no está comprometida?

MON. Y si usted pudiera hacer el negocio...

MIQ. ¡Sí podré, sí podré!

MARQ. ¡Sí podremos, sí podremos!.. ¿De quién es la obra?

MON. Mía, mía sólo... ¡Esta vez Corneille no ha colaborado!

MARQ. ¡Mejor que mejor!

MON. ¡Tiene su mérito!... Mi obra es un dramita de salón. He puesto en él toda mi experiencia de la vida y de la sociedad.

MARQ. ¿Y cómo se titula?

MON. (Con mucha intención.) *En el mundo.*

MARQ. ¿Cómo?

MON. *En el mundo.*

MARQ. ¿Y el asunto.. ?

MON. ¿El asunto?... Tiene tres personajes: el marido, la mujer y el amante.

MARQ. ¡Muy original!

MON. El barón es el marido. Hombre de la mejor sociedad. Muy limpio; puños vueltos, con gemelos de coral; socio de los mejores círculos... En fin, es individuo del Touring Club.

MARQ. ¡Demonio!

MON. La baronesa, es el papel de la dama. Es una persona muy pedante. Mujer difícil. Se entrega, naturalmente, pero no al primer advenedizo; es necesario que le sea presentado... Por último el amante; caballero bretón, muy quisquilloso en cuestiones de honor... Al levantarse el telón, el caballero viene á casa de su amante á pedirla tres mil francos prestados.

MIQ. ¡Qué bonito es eso!

MON. Algunos dias después, al volver el barón de una cacería de alondras, sorprende á su mujer en los brazos del caballero. Desde aquel momento empieza á dudar... Este es el punto de partida. Después la obra sigue, sigue. .

MARQ. ¡Se ve que está vívida!

MIQ. ¡Es admirable !

MON. Admirable... El adjetivo es excesivo, pero justo... Ya comprenderás que antes de confiarte un papel de esa importancia, necesito apreciar tus condiciones...

MARQ. ¡Y la tutea!

MIQ. ¡Me ha tuteado!... ¡Qué alegría!

MON. ¿Sabes alguna obra?
MARQ. ¿Sabemos alguna obra?
MIQ. Sé *El Cid.*
MARQ. Sabemos *El Cid.*
MON. Perfectamente. Ya te escucho.
MIQ. (Bajo al Marqués.) La entrada.
MARQ. Dela usted la entrada.
MON. (Contrariado.) ¡La entrada!
MARQ. ¡Dispénseme usted si he sido indiscreto!
MON. ¡De ninguna manera!... Sólo que me es imposible... Cuando yo represento, me dejo llevar de mi inspiración; me entrego de tal manera, que no puedo escuchar... Yo no escucho jamás á los que están conmigo en escena. ¡Esta es mi fuerza!... ¿Y qué escena quieres decirme?
MIQ. Cualquiera... La de Jimena y la dueña.
MON. Bueno; (Al Marqués.) usted hará la dueña.
MARQ. ¿La dueña? No. En ese caso la Jimena.
MON. ¡Bravo! ¡Eso es propio de un artista!
MIQ. La dueña; se lo ruego.
MARQ. Con mucho gusto.
MON. ¿Tienes el ejemplar?
MIQ. Sí, en mi bolsa.. (Lo saca.)
MON. Vamos, muchachos... Ya está la escena. (Vuelve el sofá y las dos butacas coma si arreglara la escena.)
MIQ. (Al Marqués, dándole el ejemplar y mostrándole la página.) Aquí; aquí es...
MON. Venga. (Al ver el desorden, el Marqués quiere protestar. Una mirada de Miquette, le detiene.) No, no... Por ahí no.. Entran por el muro... Este es el muro... Da la vuelta...
MIQ. (Tomando una postura trágica. Al Marqués.) Venga.
MARQ. (Leyendo.) «Y le ama usted, señora, después de la aventura.—Jimena.—Amar es poco...»
MIQ. (Interrumpiendo.) ¡Eso es mío! Cállese usted ahora. (Declama con un tono infantil y pomposo á la vez.)

Amar es poco, Elvira... ¡Le adoro con locura!
Que mis enojos ceden á la pasión triunfante
y al ver á mi enemigo me encuentro con mi amante.

MARQ. (Apuntando.) Yo siento ..

MIQ. Yo siento que en mi pecho, donde el rencor [ardía,
Rodrigo con mi padre combate todavía...
Le ataca, á veces débil, á veces valeroso,
le estrecha, se defiende, resiste victorioso...
¡Y en esa horrible lucha que me robó la cal- [ma,
mi corazón destroza, sin desgarrarme el alma!
(Monchablón, con la cabeza entre las manos, continúa callado.)

MIQ. (Temblando.) ¿Qué tal?

MARQ. ¿Qué tal? (Monchablón levanta la cabeza, se bebe un vaso de agua, se levanta, vuelve á poner los muebles en su sitio, se dirige á Miquette y la pone una mano en la frente.)

MON. Es curioso, curiosísimo... ¡Muy notable, gran porvenir!

MIQ. (Loca de alegría.) ¿Cree usted...?

MON. Sólo que, hija mía, tú eres una actriz cómica.

MIQ. (Rompiendo á llorar.) ¿Una actriz cómica... cómica? (Se refugia en los brazos del Marqués.)

MON. ¿Eh?... ¿Qué le pasa? ¿Pero qué le ha dicho usted?

MIQ. ¡Cómica!

MON. ¿Por qué lloras, tontuela?

MIQ. ¡Actriz cómica..! ¿Le parece á usted que esto es muy alegre?

MARQ. ¡Pobrecita!... Vamos, ¿está usted seguro?

MON. Mi querido amigo, no hay duda posible... No se equivoca uno con estos casos. Usted es un tragico.

MARQ. ¿Qué?

MON. Y ella hará la tragedia de un modo deplorable.

MARQ. ¿De modo que...?

MON. Vamos. ¿Has acabado de llorar?... Tú tienes talento, mucho talento... Y yo también... La prueba es que te contrato.

MIQ. ¿Es verdad?... ¡Qué alegría!

MON. Sí me deshago de mi dama de *chez Maximi's*, que decididamente es muy triste y te doy el papel... (Al Marqués.) ¿Hay aquí un velador Luis XIV donde escribir?

MARQ. ¿No le sirve el *bureau*?

MON. Sí; es suficiente... Voy á redactar tu contrato. (Se sienta al bureau y escribe en los contratos que saca del bolsillo.) ¡Una fortuna! diez francos diarios.

MIQ. (Saltando de alegría.) ¡Una fortuna!... Yo estoy loca.

MARQ. ¿Está usted contenta, por lo menos?

MIQ. Sí, sí... ¡Una contrata! ¡Se hablará de mí! ¡Y se venderá mi retrato en las tarjetas postales!

MARQ. En el estanco de Chateau-Thierry.

MIQ. Y su sobrino lo comprará, y rabiará y no tendrá más remedio que decir: «Esta es la admirable artista, á quien yo he despreciado por una señorita Mercadier.»

MARQ. Entonces... ¡se acabaron las penas!

MIQ. Ya lo creo.. Yo no soy una sentimental... ¡Soy una actriz cómica!

MON. (Se levanta.) Aquí está el contrato... Firma. Aquí y aquí... (Miquette firma.) Esta noche ensayas a las ocho y cuarto.

MAMÁ (Entrando.) ¿Qué es eso?. . ¿Ensayas?... ¿En el Teatro Francés?

MON. Sí señora. Su hija forma pare de la *tournée* Monchablón.

MAMÁ (Espantada.) ¡Una *tournée*! ¡Rodar por esos caminos, como los bohemios!

MON. ¿Es que vas á llevar á tu madre?

MAMÁ ¿Que si va á llevarme?

MIQ. Eso entra en el contrato.

MON. Jamás. ¡Antes la muerte!

MAMÁ ¿Quiere usted separarme de mi hija?

MON. Lo único que puedo hacer, es autorizarla á que la acompañe por su cuenta.

MAMÁ ¡Si no me es posible!

MARQ. ¡Señora, no olvide usted que aquí estoy yo!

MAMÁ ¡Señor Marqués!... ¡Ese pan se me atragantaría!

MARQ. (Aparte.) ¡Estas mujeres tienen un orgullo insoportable!

MON. Entonces ¿qué?

MIQ. No sé, no sé... Yo no puedo partir.

MON. ¡Ya es tarde!... ¡Ya has firmado.

MAMÁ ¡Pero esto es espantoso!

MARQ. ¡Esto es brutal! (Se sientan. La señora Grandier, furiosa. Miquette llorando. Gran pausa. Después Monchablón se levanta, examina á la señora Grandier por todos lados.)

MON. Esperen ustedes... Entreveo un medio en el horizonte.

MIQ. ¿Cuál?

MON. Esperen ustedes... (A la señora Grandier.) Buen físico de teatro, buenas formas, una hija encantadora; talento, en una palabra. ¡Tú tienes talento!

MAMÁ ¿Yo tengo talento?

MIQ. ¿Tú tienes talento?

MARQ. ¡Ella tiene talento!

MON. Y te contrato.

MAMÁ ¿A mí?... Pisar las tablas, ¡qué horror!

MON. Entonces, abandona usted á su hija.

MAMÁ Jamás.

MON. ¡Pues entonces, acepte usted, caramba!

MIQ. ¡Sí, mamá! ¡Sería magnífico! ¡Las dos! Estaríamos siempre juntas!

MAMÁ ¡Pero desgraciada!... Quieres obligar á tu madre á pintarse la cara, á ponerse pelucas y á decir inconveniencias delante de todo el mundo? Yo; la viuda de un guarda mayor de montes.

MON. Psch. Señora... Yo he sido muchas veces emperador.

MARQ. Y yo la aseguro que si estuviera aquí presente su marido, con sus conocimientos agrícolas y su experiencia del arbolado, la diría «acepta, hija mía.»

MIQ. Acepta, mamita.

MON. Te aseguro que estarás superior en el papel de la duquesa.

MARQ. ¡Una duquesa! ¡No puede usted rechazarla!

MON. Vamos. Hay que decidirse... ¿Sí ó no?

MIQ. Será que sí.

MARQ. Seguramente sí.

MAMÁ (Confundida.) No sé... yo... pierdo la cabeza. (La llevan al bureau, donde Monchablón extiende el contrato.)

MON. Perfectamente... Ya está el contrato... ¡Una fortuna!... Cinco francos diarios... Firma aquí y aquí... Esta noche ensayas.

MAMÁ ¿Esta noche?

MON Y el martes partimos.

MARQ. El martes partimos.

MIQ. ¿Cómo? ¿Usted también?

MARQ. Ya lo creo... ¿Voy á faltar al debut?... Además, tengo asuntos por allí... ¿Dónde van ustedes?

MON. Á Beauvais, donde me quieren con delirio.

MARQ. Precisamente mi médico me ha recomendado el clima de Beauvais.

MON. Me voy á buscar vuestros papeles. (A la señora Grandier.) El tuyo lo aprenderás en seguida. Tiene cuatro palabras.

MAMÁ ¿Nada más?

MON. ¡Bravo! Esto es propio de una artista. Mutis por el foro. (Se va con gran majestad)

MIQ. Vamos, vamos; no hay tiempo que perder... Usted, señor Marqués, acompañará á mamá ahora mismo á la Dirección de Contribuciones indirectas. Es preciso que nos den una licencia de seis meses.

MAMÁ Sí. Por el estanco.

MARQ. ¿Yo? ¿Pedir un favor á un funcionario de la República? ¡Jamás!

MIQ. ¡Yo se lo ruego!

MARQ. Con mucho gusto.

MAMÁ ¿Estás contenta, hija mía?

MIQ. Mucho, mamita.

MAMÁ Entonces, nada me importa... Me resigno á resultar una gran actriz, á ser aclamada por el público... Vamos, señor Marqués; acompáñeme usted á comprar el colorete, el blanco, las patas de liebre... ¡Pobres animalitos!... Esto es un sacrificio... ¡Yo ofreceré al señor todos mis papeles!.. ¿Y sabe usted dónde voy á ir en cuanto salgamos de aquí?

MARQ. ¿Dónde?

MAMÁ ¡A confesarme!

MARQ. ¡Y yo también, señora, y yo también!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO



ACTO TERCERO

El salón de Miquette. Interior bonito y de buen gusto, pero sin lujo. Flores, almohadones, encajes, etc., etc. Algunos bibelots escogidos. En la pared un gran retrato de Miquette. Sobre una consola, fotografías con marco, de la señora Grandier y Monchablón. Dos puertas á la izquierda. Una á la derecha, segundo término; en primero un balcón. A un lado un escritorio. Un canapé á la derecha. Un velador á la izquierda, entre dos butacas. Sobre el velador un teléfono portátil.

ESCENA PRIMERA

PERINE, que viste como en el primer acto; TOTO, PONETTE y LILÍ

PER. (Acompañándolas.) Por aquí.

TOTO Diga usted á la señora Grandier, que está aquí Toto.

LILÍ Y Lilí.

PON. Y Ponette.

TOTO Sus compañeras del teatro de la Comedia Moderna.

PER. (Refunfuñando.) ¡Sus compañeras! (Alto.) La señora no ha vuelto todavía.

PON. ¿Y Miquette?

PER. Está en el ensayo. (Suena el teléfono.) ¡Otra vez este maldito aparato! ¡Ah, qué París! ¡Díganme ustedes si esto es un invento de cristianos! (Toma los auriculares, haciendo la señal de la cruz.) ¡Ya va! Tin... tin... Sí; aquí es la seño-

rita Grandier... ¿Quién habla? ¡Ah! ¿Es del ministerio?

TOTO (Silbando.) ¡Oh! (Se levantan las tres.)

PON. Sí. Miquette toma parte en la función.

LILÍ En la función de gala, en honor del rey de Noruega.

TOTO Sí. Del nuevo rey de Noruega.

PER. (Al teléfono.) Tin... tin... ¡Ya va!... La señorita me ha encargado que le diga... Espere usted que lo tengo aquí por escrito... Aquí está... (Tomando una nota del velador y leyéndola.) Que puede hacer *Las preciosas ridículas*... ¿Qué?... ¿Pregunta el ministro que quién es el autor? No me lo han dicho... Ya lo preguntaré. (Se ríen las tres. Mutis Perine.)

PON. ¿Habeis oído? ¡Qué carrera esta Miquette!

TOTO Sí; está de suerte... ¡Vaya un éxito! En tres meses, estrella de la Comedia Moderna.

LILÍ Un gran nombre, un gran sueldo.

TOTO Ya lo creo... Lo menos gana seis mil francos al mes.

PON. Y el viejo la Torre-Miranda, ¿qué papel desempeña aquí dentro?

TOTO Ninguno... ¡En esta casa no se acepta de él ni un solo céntimo! Me consta.

TODAS ¿No?

TOTO ¡Pero en cambio tampoco se lleva nada!

LILÍ ¿De verdad?

TOTO Lo que os digo: Miquette es muy sabia. No quiere tener un amante. Es un fenómeno.

PON. ¡Pobre Marqués!

TOTO No lo creas. El se cree muy dichoso con su platonismo... ¿No sabeis que hay tantas clases de amor como de vino?... Pues el Marqués es un vino sin compostura, que no se sube á la cabeza.

PON. Parece que tarda la señora Grandier.

TOTO ¿No sabeis qué mote la han puesto?... ¡La Duse de los «camelos»! ¡Como siempre se equivoca! (Todas ríen. Timbre dentro.) ¡Silencio, que puede ser ella!

ESCENA II

DICHOS, la SEÑORA GRANDIER completamente transformada. Pelo rizado y oxigenado. Sombrero muy audaz. Traje lo mismo. El tono, la voz y el aire de la más elegante parisiense

MAMÁ (Dejando en el foro su capa.) Buenas tardes, niñas... Dispensadme... He tenido que hacer... ¿Qué tal?... ¿Os gusta este vestido?

TOTO ¡Magnífico!

MAMÁ Muy vaporoso, ¿no es verdad?... Es de tarde: de cinco y cuarto á seis menos veinte.. ¿Quereis una tacita de te?

TOTO Muchas gracias... Ya es tarde... Veníamos á convidarlas á comer mañana. Es mi cumpleaños. Allí encontrará usted algunos amigos.

PON. Julito.

TOTO Y Mariano.

LILÍ Con los que usted flirtea.

MAMÁ (Riendo.) ¡Qué bromistas! Iré.

TOTO Hasta mañana, pues. (Mutis todos. La señora Grandier las asompaña hasta la puerta.)

ESCENA III

DICHA, PERINE, que trae un ramo; después MIQUETTE

PER Este ramo han traido para Miquette.

MAMÁ Ponlo allí. (En la consola.) ¿Has sacado el perro?

PER. Todavía no. (Abre la puerta y llama.) ¡Medor! ¡Medor!

MAMÁ ¿No te he dicho que no le llames por ese nombre tan poco distinguido? Se llama Darling.

PER. Bueno. ¡Aquí, Darlingue! (Cierra la puerta.)

MAMÁ ¿No ha venido el Marqués?

PER. No.

MAMÁ Es extraño. Hoy se retrasa.

PER. Puede ser que se haya tomado un día de permiso. (Se oye dentro cerrar una puerta y la voz de Miquette.)

MIQ. (Entra como un torbellino.) ¡Buenas tardes, mamá!

MAMÁ ¡Buenas tardes, hija mía! ¡Qué poco has tardado!

MIQ. Sí. Hemos acabado muy pronto. Buenas tardes, Perine.

PER. ¡Ah! ¡Qué gusto da que la llamen á una por su nombre!

MAMÁ ¿Y ha ido bien el ensayo?

MIQ. Sí. Monchablón está contentísimo. Me ha dicho que estoy maravillosa, mejor que nunca, como nadie, ¡qué sé yo!

MAMÁ ¡Siempre tan loco!

MIQ. No, no... Desde que es nuestro representante, me parece que ese loco es un sabio. Y además me quiere mucho.

MAMÁ ¡Ya puede!

MIQ. Toma, Perine; llévate todo esto. (Le da su papel, la bolsa y los guantes y se sienta en el canapé.)

PER. Las cartas. (Se las entrega.)

MIQ. (Mirándolas.) ¡Cuántas! El empresario de Bruselas que quiere contratarme... No iré; no tengo tiempo... Otra del Ministerio... Aquí hay una para tí. (Leyendo el sobre.) «Lourtier y Compañía, Banqueros.»

MAMÁ (Un poco contrariada.) Sí... Es ese bolsista que tiene acciones del teatro... Muy buena persona.

MIQ. ¿Y qué quiere?

MAMÁ Trae, trae. Es para colocar algún dinerillo.

MIQ. ¡Bravo, mamá! ¿Haces economías? Temía lo contrario.. ¡Como gastas tanto!

MAMÁ No tengas cuidado... ¡Ah, ya se me olvidaba!... ¿Sabes á quién me he encontrado hoy? A Mongrebin.

MIQ. ¿El archivero? ¿Y qué?

MAMÁ Me ha dado noticias de de Chateau-Thierry. ¿Sabes la más gorda?... Mañana se firma el contrato de matrimonio del conde Urbano.

MIQ. (Tomando otra carta, con rabia.) Toma: una factura.

MAMÁ Es la florista... Le he contestado que lo pasamos divinamente, que no hemos vuelto á ver al conde Urbano desde que salimos de allí, que ni siquiera hemos oído hablar de él, y que á tí te tiene sin cuidado...

MIQ. Has hecho bien.

MAMÁ Lo que me extraña es que el Marqués no nos haya dicho nada... Tal vez tenga miedo.

MIQ. ¿De qué? (Tira dos cartas nerviosamente.) ¡Cuántos majaderos me escriben, y cuántas tonterías me dicen! (Toma la última carta.) ¡Ah! ¡Carta de mi amiguito!

MAMÁ ¿El desconocido?

MIQ. ¡El hombre que nos ama no es nunca un desconocido!

MAMÁ Este por lo menos es un tipo... Nunca asoma las narices por ninguna parte, pero todas las semanas, sin faltar una, te envía una carta y un ramo. Aquí tienes la carta. Allí está el ramo.

MIQ. ¡Ah! ¡No le había visto todavía!

MAMÁ ¿Y cómo se llama ese devoto? Aun no me lo has dicho.

MIQ. Pedro María Agustín Brion.

MAMÁ Parece el nombre de un veterinario.

MIQ. ¡No te burles de él! ¡Es el único hombre que me parece sincero! (Lee la carta, la relee y se la guarda en el cuerpo del vestido.)

MAMÁ (Al balcón.) ¡Ah! Aquí viene el Marqués.

MIQ. Os voy á dejar solos.

MAMÁ ¿Por qué?

MIQ. Porque tiene algo que decirte... Hasta ahora. (Mutis.)

ESCENA IV

SEÑORA GRANDIER, el MARQUÉS cargado de cajas y de paquetes, un poco sombrío y con el sombrero sobre los ojos

MAMÁ Vamos, Marqués, cuánto ha tardado usted.

MARQ. Sí.

MAMÁ (Asombrada.) ¿Y ha hecho usted todos mis encargos?

MARQ. Sí.

MAMÁ ¿Pero qué le pasa? ¿De dónde viene usted ahora?

MARQ. Vengo del almuerzo que celebramos todos los meses los antiguos amantes de la baronesa de Vaucresson. Ya vamos quedando pocos.

MAMÁ ¡Já, já!

MARQ. ¡No se ría usted!... Allí me he encontrado con Julito y con Mariano. ¡Los graciosos con quienes usted flirtea! Y cumpliendo el encargo de Miquette, les he hecho las oportunas advertencias.

MAMÁ ¡Qué disparate! ¿Qué habrán pensado de usted y de mí?... Creerán sin duda que está usted celoso, que...

MARQ. Nada de eso. Mis primeras palabras han sido estas: Yo quiero á la señora Grandier como á una madre.

MAMÁ (Indignada.) ¿Eh?

MARQ. Por eso mismo tengo el derecho de decirla: Señora Grandier, sea usted un poco más mirada... Es usted una mujer honrada, desde luego, pero parece usted una locuela. La gusta á usted coquetear, hacer carantoñas á cuatro tipos y mandar su retrato á todo el que se lo pide con unas dedicatorias tan lánguidas... Además, escribe usted lo menos once cartas diarias. Mi palabra: me recuerda usted á Madama de Sevigné.

MAMÁ (Muy digna.) Sea usted más galante, Marqués.

MARQ. Esto no es de ahora; ya desde el principio de la *tournée*, empezó usted á bromear con todos los jefes de estación, y á poco me busca usted un compromiso.

MAMÁ ¡Marqués, es usted implacable! ¡Usted exagera!... ¡Parece mentira que me diga usted esas cosas! (Lloriqueando.)

MARQ. ¡Vamos, vamos... hay que tener juicio! ¿Lo promete usted?

MAMÁ Sí, sí.

MARQ. Bueno, pues límpiese esas lagrimitas y no hablemos más del asunto... A ver, una risita. ¡Se acabó!

MAMÁ (Sonriendo.) Se acabó.

MARQ. Y para consolarla, ¡mire usted si he corrido para hacer todos sus encarguitos!

MAMÁ ¡Tantas gracias! ¿Ha dicho usted que me envíen las cuentas?

MARQ. Sí, señora, no se apure usted... Ya sé que en esta casa no se admite nada mío.

MAMÁ Ya sabe usted nuestras convicciones... A ver los paquetes. Le dí una lista esta mañana, ¿verdad? (Toma todos los paquetes y se los presenta. Lahirel entra.)

ESCENA V

DICHOS y LAHIREL

LAH. ¿Estorbo, señora?

MAMÁ Nada de eso, amigo Lahirel. Buenas tardes.

LAH. Buenas tardes. (Al Marqués.) Buenas tardes.

MARQ. (Furioso.) Buenas tardes, buenas tardes. (El Marqués, cargado de paquetes, quiere darle la mano y no puede.)

MAMÁ Deme usted, deme usted Marqués... A ver si se le ha olvidado alguna cosa. (A Lahirel.) Con permiso de usted.

LAH. (Al Marqués.) ¡Ah!... ¿Pero eres tú quién?...

MARQ. No, no; yo...

LAH. ¿Qué es de tu vida? ¿Dónde te metes? No se te ve por el Casino.

MARQ. Estoy ocupadísimo... Asuntos graves... Preocupaciones políticas... ¡La causa!...

LAH. ¡Ah!

MAMÁ (Abriendo uno de los paquetes.) Pero Marqués... ¿No le he mandado devolver estas cintas?... Es la sexta vez que se lo encargo, y nada... (Lahirel se ríe.)

MARQ. Ya las devolveré. (Aparte.) ¡Qué desagradable! (A Lahirel.) Estamos en un momento decisivo. Me ha escrito Monseñor.

MAMÁ ¡Ah!... Estos postizos están muy bien... Mi enhorabuena por los postizos.

LAH. Mi enherabuena por los postizos.

MARQ. (Furioso.) Gracias, gracias.

MAMÁ ¿Y la borla?... La borlita para los polvos ¿dónde está?

MARQ. ¡Se me ha olvidado!

MAMÁ ¿Se ha olvidado usted de la borla?

LAH. ¿Te has olvidado de la borla?

MAMÁ ¡Precisamente lo que más le encargué!... ¡Caramba!... Usted es muy complaciente, es verdad, pero no tiene usted cabeza...

LAH. ¡Ninguna!

MAMÁ ¿Verdad?

MARQ. Pero...

LAH. ¡No tiene cabeza! El pobrecillo desde que pasó el sarampión...

MAMÁ ¿Cuándo tuvo usted el sarampión?

MARQ. A los seis años.

MAMÁ Vaya... Tendré yo misma que devolver las cintas, comprar la borla... porque si no... Con permiso de usted, Lahirel

LAH. ¡Y cómo no!

MAMÁ (Secamente.) Hasta luego Marqués. (Mutis.)

ESCENA VI

LAHIREL, EL MARQUÉS

LAH. Bueno, querido...

MARQ. ¿Qué?

LAH. Que ya veo que tienen razón en el Casino

MARQ. ¿En el Casino?... ¿Qué es lo que dicen en el Casino?

LAH. Dicen que tú te crees que haces la corte á Miquette; y no haces más que los encasgos de su madre.

MARQ. ¿Y quién ha dicho eso?

LAH. Todos los camaradas... Confiesa tu mismo que es ridículo que pierdas así tu sexta juventud al lado de una mujer con la que no tienes nada que ver...

MARQ. ¿Entonces los camaradas créen que no soy el amante de Miquette?... Pues son unos imbéciles.

LAH. Es que yo creo lo mismo.

MARQ. ¡Pues tú también eres un imbécil!

LAH. ¿Eh?... ¿Qué dices?

MARQ. ¿De modo que te figuras que ya estoy mandado retirar?... ¿Que no tengo gancho para las mujeres? ¿Que no soy capaz de que me quieran y de que me engañen?... ¿Eso te figuras?

LAH. Pero...

MARQ. Piensas que soy como tú, un pedazo de alcornoque.

LAH. ¿Eh?

MARQ. Una ruina... Un pálido recuerdo.

LAH. Mira...

MARQ. ¿Quieres que te diga lo que pienso de tí?... Eres un ordinario... Me molestas.

LAH. Adalberto...

MARQ. Largo, largo de aquí, ó acabaré por decirte algo que no te guste.

LAH. Sí, me voy, pero no sin contestarte con una sola palabra: incorrecto. (Mutis, furioso.)

ESCENA VII

EL MARQUÉS, MIQUETTE

MARQ. ¡Grosero!...

MIQ. ¿Quién?... ¿Quién estaba aquí?

MARQ. Ese bruto de Lahirel, á quien acabo de poner de patitas en la calle.

MIQ. ¿Por qué?

MARQ. Porque le ha insultado á usted gravemente.

MIQ. ¿A mí?... ¿Qué es lo que ha dicho?

MARQ. ¡Se ha permitido decir que yo no tengo nada que ver con usted!...

MIQ. Y es verdad.

MARQ. Sí, es verdad; pero es una falta de educación el atreverse á decírmelo... ¡Ya lleva su merecido!... ¡Estoy furioso!

MIQ. ¿Por qué?

MARQ. Porque hasta ahora yo me decía: todo París cree que... que... en fin, que Miquette me llama Adalberto... Pues no hay nada de eso. Estoy equivocado.

MIQ. No sea usted así... Ya sabe usted que yo le tengo verdadera amistad.

MARQ. Eso es lo que me pierde... ¡Estoy en ridículo! Si á lo menos me diera usted una pequeña esperanza.

MIQ. Se la doy, tan pequeña como usted quiera.

MARQ. ¿De veras?

MIQ. Sí. Y ahora, es preciso que dé usted explicaciones á Lahirel.

MARQ. ¡Jamás!

MIQ. ¡Yo se lo ruego!

MARQ. Con mucho gusto.

MIQ. Y además... Hablemos de otra cosa.

MARQ. ¿De qué?

MIQ. Mañana no estará usted aquí, ¿verdad?

MARQ. Sí...

MIQ. No. Mañana tiene usted que estar en Chateau-Thierry.

MARQ. ¡Ah!

MIQ. Es preciso.

MARQ. ¿Usted sabe?...

MIQ. Sí.

MARQ. ¿Y cómo?

MIQ. Por Mongrebin. El nos ha dicho que mañana...

MARQ. No tengo ganas de asistir á esa ceremonia. La prueba es que ya he telegrafiado á mi sobrino diciéndole que no puedo ir porque tengo un ataque de reuma muy urgente.

MIQ. ¡Tiene gracia la excusa!

MARQ. Es una excusa como otra cualquiera... En fin, ya he tomado mi resolución; no iré.

MIQ. Sí.

MARQ. No.

MIQ. Sí.

MARQ. ¿Por qué?

MIQ. Porque yo lo quiero.

MARQ. Pero...

MIQ. ¡Yo se lo ruego!

MARQ. ¡Con mucho gusto!

MIQ. Gracias. Entretanto, á casa de Lahirel.

MARQ. Allá voy. (Coge su sombrero.) ¡Ay Miquette!... Si yo tropezara con un sabio... ¿Sabe usted lo que me diría ese sabio?

MIQ. No.

MARQ. Me diría: «renuncia á esa criatura, viejo imbécil.» Pero yo le daría un par de bofetadas al sabio, para que no volviera á decirme nada... Hasta luego. (Mutis.)

MIQ. Hasta luego. (Se dirige á un mueble donde guarda unas cartas que saca, mira y vuelve á guardar. Luego se acerca al ramo y lo huele largo tiempo.) Tú no correrías detrás de la hija de un refinador... ¿Verdad que no harías eso? (Abraza el ramo.)

ESCENA VIII

MIQUETTE, URBANO

URB. (Entra muy turbado, pero se esfuerza en aparecer arrogante. Miquette un poco turbada.) Soy yo, señora... soy yo... Aquí estoy. (Gran pausa.) Señora, vengo á cumplir una misión de que he sido encargado por mí mismo, y que yo he aceptado, naturalmente... Una misión...

MIQ. Usted dirá, caballero.

URB. Señora, vengo á reclamarla á mi tío.

MIQ. Por lo visto es una manía, en su familia, reclamarme todos los parientes que se le pierden.

URB. Es necesario que el señor Marqués de la Torre-Miranda renuncie á la vida que aquí lleva, abandone París y vuelva á Chateau-Thierry. ¡Va en ello mi porvenir!

MIQ. ¡Ah!

URB. Sí. He recibido un telegrama de mi tío, anunciándome que no podrá asistir á mi contrato de matrimonio porque le retiene aquí un ataque de reuma muy urgente. La familia de mi novia, que es inteligentísima...

MIQ. ¿Su novia?

URB. No, su familia... Ha comprendido que el ataque de reuma muy urgente de mi tío es usted.

MIQ. Es usted muy galante.

URB. El señor Mercadier ha declarado que no dará su hija al sobrino de un tío que lleva

una vida... una vida... Sobre todo, considerando que este sobrino es el único heredero de su tío. Mi boda no se verificará hasta el día en que termine el actual estado de cosas. Por eso vengo á reclamarla á mi tío. De ello depende mi felicidad, y ya comprenderá usted... Estoy conmovido... muy conmovido.

MIQ. Caballero... Yo no puedo devolverle á su tío una libertad que no le he quitado. El señor Marqués de la Torre-Miranda no es para mí más que un amigo. No sé si usted me creerá.

URB. Sí.

MIQ. ¿Me cree usted?

URB. ¡Sí!

MIQ. ¿Por qué?

URB. Porque usted lo dice.

MIQ. ¡Ah! Pero debo agregar que el señor Marqués ha sido siempre para mí tan bueno, tan complaciente, que no puedo pensar en él sin reconocimiento... Por eso, ya lo comprenderá usted, yo también estoy conmovida, muy conmovida...

URB. ¡Ah!

MIQ. Ya ve usted que no encuentra en mí un obstáculo para sus proyectos; al contrario...

URB. Se lo agradezco, señora... Y veo, con verdadero gusto, que ha recibido usted mi visita con una tranquilidad igual á la mía.

MIQ. Yo también veo con verdadera satisfacción que el pasado, que nos ha vuelto á reunir por un instante, no ha dejado en nosotros ninguna huella.

URB. Ninguna, ninguna.

MIQ. Ninguna, ninguna... Por mi parte, todo olvidado.

URB. Y por la mía también; todo.

MIQ. Yo he olvidado nuestros encuentros en Chateau-Thierry.

URB. Yo he olvidado las diez cajetillas que iba á comprar todos los días.

MIQ. Yo he olvidado la tarjeta postal.

URB. Yo he olvidado el ramo de margaritas.

MIQ. Ya lo ve usted... ¡Lo he olvidado todo!

URB. Y yo también... ¡todo! lo cual, si bien se

mira, es muy natural... Yo soy feliz, ó lo voy á ser en seguida. Dentro de poco conduciré á la señorita Mercadier á la alcaldía y después á la iglesia. Nos bendecirán, nos casarán y quedaremos casados. No hace falta más.

MIQ. (Muy nerviosa.) Pues yo soy mucho más feliz, porque no tengo que esperar mi felicidad... La tengo hace tiempo.

URB. Sí, ya sé que ha tenido usted un éxito en el teatro...

MIQ. No me refiero á eso.

URB. ¿No?

MIQ. Hablo de una felicidad más íntima. ¡De la verdadera felicidad!

URB. ¿Cómo?... ¿Pues no acaba usted de decirme que mi tío no es para usted más que un amigo?

MIQ. Es que no se trata de su tío.

URB. ¿Qué? ¿Ama usted á otro?

MIQ. Creo que estoy en mi derecho.

URB. ¿La ama á usted otro?

MIQ. Locamente.

URB. ¿Qué? ¿Quién es?

MIQ. Mi amante. Ahí tiene usted sus flores... Aquí están sus cartas... No es un falso como usted. No es un embustero como usted.

URB. (Retándola.) Usted dice eso para probarme; pero yo la desafío á que me diga su nombre.

MIQ. ¿Su nombre? Sí, se lo diré. Se llama Pedro María Agustín Brion.

URB. ¿Qué?

MIQ. Y yo soy su amante... ¿Lo oye usted bien? Su amante... su amante.

URB. Eso no es verdad.

MIQ. ¿Por qué?

URB. Porque Pedro María Agustín Brion... Soy yo. (Miquette le mira espantada.) Soy yo.

MIQ. (Conmovida, después de una pausa.) Entonces... ¿Esta carta? ¿Qué dice esta carta?

URB. Empieza así: «Señorita, la amo á usted.» (Saca del pecho un papel escrito y con tachaduras.) Aquí está el borrador.

MIQ. ¡Es usted!... Pero ¿y esa boda?

URB. ¡Qué quiere usted! Soy tan tímido, que no me atrevo á detener los acontecimientos. He estado esperando que surgiera cualquier incidente feliz, como, por ejemplo, que se me rompiera una pierna ó que mi novia enfermara, ó que su padre se volviera atrás... Pero ¡nada!... ¡No he tenido esa suerte.

MIQ. En efecto.

URB. Y cuando ayer mi futuro suegro me anunció sus propósitos, estuve á punto de gritarle: «¡Gracias! ¡Muchas gracias!...» Y vine aquí con el pretexto de reclamarla á mi tío; pero en realidad sólo por verla, sólo por decirla que siempre la he amado.

MIQ. Yo también le he amado á usted siempre. Y si le dije eso de mi nuevo amante, fué sólo por hacerle sufrir... ¡Era una prueba de amor!

URB. Y yo aceptaba mi matrimonio para vengarme de usted... ¡Era también una prueba de amor!

MIQ. ¡Si; las pruebas de amor consisten siempre en hacer sufrir á los que nos aman!

URB. ¡Ah, Miquette! Seremos felices, nos casaremos, tendremos muchos hijos...

MIQ. Sí, sí. (Se arroja en sus brazos.)

URB. Sólo que todavía hay algo que nos separa... mi novia...

MIQ. Y mi teatro...

URB. Y mi tío...

ESCENA IX

DICHOS y PERINE

PER. Ahí está el señor Monchablón.

MIQ. ¿Monchablón aquí? ¿A estas horas?

PER. Dice que tiene necesidad de verte.

MIQ. Pásale en seguida. (Mutis Perine.)

URB. ¿Quiere usted que me vaya?

MIQ. No... Espere usted un instante. Aquí, en ese gabinete... Mientras tanto, puede usted echar un párrafo con Brion... ¿Le conoce usted?

URB. ¡Ya lo creo! ¡Y le quiero mucho!

MIQ. ¡Y yo también! (Le da á besar la mano. Urbano sale por la izquierda.)

ESCENA X

MONCHABLÓN y MIQUETTE

MON. Buenas tardes, querida.

MIQ. ¡Buenas tardes! No sabe usted cuánto me alegro de que haya venido.

MON. He venido sin avisarte, porque te tengo que decir una cosa muy seria.

MIQ. ¡Y yo también! Lo que usted me diga no es nada al lado de lo que va usted á saber.

MON. Tú dirás.

MIQ. Escuche usted. Escúcheme usted, mi querido Monchablón. ¿Quiere usted á su Miquette?

MON. ¡Que si te quiero! ¡Estoy orgulloso de tí!

MIQ. Bueno, pues sepa usted que su Miquette acaba de sentir una felicidad tan grande, tan grande, que la parece demasiado para ella.. Y estoy tan contenta de poderle comunicar á usted antes qué á nadie esta novedad. Hasta ahora sólo somos tres á saberla: usted, yo y él.

MON. ¡Catástrofe!... Estás enamorada.

MIQ. ¿Cómo lo ha adivinado usted?

MON. Cuando una mujer llama á un hombre él, asunto concluído.

MIQ. Pues sí, es verdad... ¡Le amo!... ¿Comprende usted? Muchas veces me ha reprendido usted, por no saber decir esa frase; oiga usted ahora qué bien la digo... ¡Le amo, le amo, le amo!...

MON. Sí.. ¡La dices demasiado bien, desventurada! ¡Te has enamorado como una mujer que no tuviera otra cosa que hacer! ¡Enamorada! ¡A tu edad! ¡Qué locura! Escúchame esto y no lo olvides: una actriz no debe tener corazón antes de los cuarenta años. Si lo tiene, está perdida.

MIQ. Eso no me importa.

MON. Afortunadamente, aquí está Monchablón para impedir que corras esa aventura.

MIQ. Es que no se trata de una aventura.

MON. ¿Entónces de qué se trata?

MIQ. De un amor verdad... De un matrimonio.

MON. ¡Un matrimonio!... ¡Con el talento que tú tienes!... Una mujer como tú, que puede llevar una vida tranquila, normal... pensar en casarse, que es lo último... ¿Es que nosotros hemos nacido para casados?... Los matrimonios de teatro... ¡Por Dios!... Mira á Moliere... ¡Mírame á mí!

MIQ. ¡Es que yo me retiraré del teatro!

MON. (Trastornado.) ¿Qué es lo que dices? ¡Abandonar el teatro!... Sacrificar tu porvenir, tu carrera, tu gloria.

MIQ. Todo, todo, todo... Este es mi regalo de boda.

MON. ¡Y vas á desbaratar tu vida!

MIQ. ¡De todo corazón!

MON. ¡Y vas á desbaratar la suya!

MIQ. ¿Qué?

MON. (Con emoción creciente.) Escucha, hija mía... Escúchame bien... No te habla ahora el pobre actor, viejo y sin talento...

MIQ. ¡Monchablón!

MON. No, yo no tengo talento... O más bien, tengo demasiado, que viene á ser lo mismo para el público... Voy á hablarte como un hombre que te quiere de verdad; voy á hablarte con toda sencillez... Hija mía, no hagas eso, no lo hagas... Por tí misma.

MIQ. ¡Por mí no he de apurarme!

MON. Pues por él; sobre todo por él.

MIQ. ¿Por él?

MON. ¡Sí!... Aunque abandones el teatro, tu marido seguirá siendo el marido de una actriz... Unos le volverán la espalda; otros se burlarán de él. Dirán que no es él quien te da su nombre, si no tú quien le das el tuyo; y á los ocho días, todo París le llamará el señor Miquette.

MIQ. ¿El señor Miquette?... ¡Oh, eso no; eso no!

MON. Y no quiero hablarte de las infamias que se contarán, á propósito del Marqués.

MIQ. ¡Eso es horrible!...

MON. Horrible, pero exacto... Y tú que eres tan buena, tan digna, tan leal, no te atreverás á llevarle en dote á tu marido las calumnias de la gente... y las deudas de tu madre.

MIQ. ¿Eh?

MON. Sí, las deudas de tu madre, ya está dicho. De eso venía á hablarte, precisamente.

MIQ. ¿Pero qué dice usted?... ¿Las deudas de mamá?

MON. Tú no sabes nada, pero no se habla de otra cosa en el teatro. Tu madre se ha dejado embaucar estúpidamente por ese bolsista amante de Ponette; un chico muy simpático, muy espiritual y muy decente, fuera de sus negocios... La ha comprometido en unas acciones de ferrocarriles, y el jueves, día de la liquidación, tu madre deberá más de cuarenta mil francos.

MIQ. (Espantada.) ¿Pero quién le ha dicho á usted eso?

MON. Un empleado de la misma casa, antiguo aspirante á cómico. El en persona está haciendo la liquidación.

MIQ. ¡Esto es horroroso! ¡Yo voy á volverme loca!... ¿Qué voy á hacer?

MON. Te conozco. Tú eres incapaz de pedirle á tu enamorado...

MIQ. ¡Oh, no! Todo antes que semejante cosa.

MON. Ya ves que no es este el momento de que te retires del teatro... Créeme, hija mía; hay que tapar ese hueco. Tienes que atropellar tu vida y no volver la vista atrás.

MIQ. Sí, sí... Es verdad... El señor Miquette... ¡Oh, no, jamás! (Llorando.)

MON. (La coge entre sus brazos.) No llores más, te lo suplico, no llores más... ¡Y pensar que he sido yo quien te ha traído estas penas!... A tí; mi obra, mi más bella creación, la única... No llores más. Esto pasará. Todo pasa. Mira; cuando somos desgraciados, creemos que hay disgustos nuevos, que nadie ha te-

nido, que los ha hecho la vida expresamente para nosotros... No es verdad... Los disgustos no son nunca estrenos; siempre son reprises... ¿Me comprendes?... ¿Me perdonas?... Abrázame, abrázame...

MIQ. Gracias, gracias... (Se abrazan, se dan la mano y Moncheblón se va.)

ESCENA XI

MIQUETTE, luego PERINE. Miquette queda un momento abrumada; después, haciendo un gran esfuerzo se dirige á la puerta del gabinete donde está Urbano. A mitad de camino se detiene, se sienta al escritorio y escribe una carta. Luego llama. Perine entra

MIQ. ¿Qué hora es, Perine?

PER. Las cinco y media.

MIQ. (Con voz anhelante.) Bien. Escucha. Vas á enviar con esta carta á Luisa á la estación del Este... La dices que espere al señorito que ha estado aquí esta tarde; tú ya sabes quién es; Urbano, el señor Conde.

PER. Sí, sí.

MIQ. A las seis y media saldrá para Chateau-Thierry... Que le entregue la carta en el momento de arrancar el tren. (Le da la carta.) Ni un minuto antes. ¿Has comprendido?

PER. Pero el señorito Urbano está ahí, en ese gabinete...

MIQ. Haz lo que te he dicho.

PER. Bien, bien. (Mutis.)

ESCENA XII

MIQUETTE y URBANO

MIQ. (Se pasa la mano por la frente, se esfuerza en sonreir y luego abre la puerta.) Urbano.

URB. (Sale.) ¿Se ha marchado ya ese caballero?... ¿Qué es lo que quería?

MIQ. Nada.

URB. ¡Mi querida Miquette!... (La tiende ambas ma-

nos; ella retrocede un poco.) La quiero á usted más que antes... ¿Sabe usted lo que he hecho mientras esperaba?... Mirarme al espejo... Y al pensar que la gusta á usted esta figurita... va usted á creer que esto es una tontería, pero... ¡me he encontrado muy guapo!

MIQ. No, no es una tontería... Escuche usted...

URB. Y después, me he ocupado de nuestro asunto... Le he escrito á la señorita Mercadier.

MIQ. ¿Cómo?

URB. Claro, para prevenirla á la infeliz... Es más difícil de lo que parece el anunciar á su novia que va uno á casarse... ¡Sobre todo cuando no se casa uno con ella!...

MIQ. ¿Y qué la ha dicho usted?

URB. Lo concerniente al caso... Que es usted encantadora... Que estoy enamoradísimo de usted... Que si ella la conociera á usted también la querría... Y la he enviado el testimonio de mi más distinguida consideración. ¿No está bien?

MIQ. No, no está bien... No hacía falta escribir. Es preciso que usted mismo vaya á Chateau-Thierry.

URB. ¿Para romper?

MIQ. Sí, para romper... A menos que por el camino cambie usted de idea... (Urbano protesta.) ¡Quién sabe!... Puede haber algo que... Se irá usted en el tren de las seis y media.

URB. ¡Ya!... ¿Me despacha usted?... ¿Ya no me quiere?... (Miquette le mira.) Sí... ¡Me quiere usted todavía!... Dentro de una hora veré el paso á nivel y daré las buenas tardes á la guardabarrera... Allí continúa con su cornetilla. Pín, pín, pín.

MIQ. Sí, sí...

URB. El tren pasa como antiguamente, á la misma hora: chu, chu, chu...

MIQ. (Dolorosamente.) El tren ya ha pasado... Vamos, váyase.

URB. Sí, me marcho... Pero, cuando esté en la esquina de la calle envíeme usted una sonrisita... Que yo vea que está usted contenta.

MIQ. Se lo prometo.

URB. Entonces hasta mañana.

MIQ. Sí; hasta mañana. (Urbano sale. Miquette va al balcón, sonríe tristemente, envía un beso con la mano y luego rompe á llorar.)

PER. (Entra.) Miquette; ahí vuelve el señor Marqués, preguntando si estás aquí todavía.

MIQ. No, no... (Cambiando de parecer.) ¡Ah, sí, sí!... Dile que pase. (Mutis Perine.)

ESCENA XIII

EL MARQUÉS y MIQUETTE

MARQ. Ya estoy aquí otra vez. Vengo del Casino de dar explicaciones á Lahirel. Pero no estaba y le he dejado una carta. ¿No he hecho bien?... Dígame usted que he hecho bien.

MIQ. (Evitando mirarle.) Sí, muy bien. (Pausa larga.) ¿Y cómo está usted?

MARQ. (Asombrado.) Bien, muy bien.

MIQ. ¿Por qué se ha molestado en venir?

MARQ. ¿Molestarme?... Ya sabe usted que lo que me molesta es lo contrario.

MIQ. Es verdad... ¿Y qué tiempo hace?

MARQ. Muy bueno. Pero...

MIQ. Creí que llovía...

MARQ. No... No llueve.

MIQ. (Decidiéndose bruscamente.) Adalberto.

MARQ. ¡Qué!... ¡Qué!... ¿Qué es lo que ha dicho usted?

MIQ. He dicho Adalberto.

MARQ. (Estupefacto.) ¡No es posible! Olvida usted... olvida usted que eso quiere decir... que eso quiere decir... Vamos, que eso quiere decir... Adalberto.

MIQ. No, amigo mío, no lo he olvidado...

MARQ. Entonces... ¡Soy feliz!... Me ha llamado usted Adalberto, con naturalidad, con dulzura, como si me lo hubiera usted llamado siempre... ¡Soy feliz! Estoy contentísimo... Puedo amarla á usted, adorarla, cubrirla de perlas, de automóviles, de hoteles... ¡Me ha llamado usted Adalberto! ¡Soy el hombre

más feliz de la tierra! Y usted también es feliz, ¿verdad, querida Miquette? (La coge las manos y se la acerca.)

MIQ. (Apartando los ojos.) Sí.

MARQ. (Con fuerza.) ¿Sí?

MIQ. (Debilmente.) Sí. (Se retira, rompe á llorar y se deja caer hacia atrás.)

MARQ. Miquette. (Retirándose bruscamente.) ¿Qué es esto? ¿Qué es lo que acabo de hacer? (Miquette le mira con asombro.) Miquette, perdóneme usted.

MIQ. ¿Que le perdone?

MARQ. Sí. Perdóneme usted. Soy un necio.

MIQ. ¡Oh, no!

MARQ. Sí... Soy un necio... Un impertinente. He estado seis meses sin comprender cómo debería amarla... Me he creído un seductor, un calaverilla, un don Juan... ¡Y ahora me ruborizo al pensar que no soy más que un infeliz!... ¡Usted me obliga á hacer esta confesión!

MIQ. (Conmovida.) Amigo mío...

MARQ. No lo he comprendido hasta ahora que he leído en sus ojos...

MIQ. ¿Lo que yo pienso?

MARQ. No: lo que pienso yo.

MIQ. Yo, en cambio, supe, desde el primer momento, cuál era el cariño que le tenía... Cuando usted se desvivía por agradarme, pensaba: «es muy bueno». Cuando usted me hacía la corte, pensaba: «¡qué fastidioso!» ¡Ya ve usted cómo soy más maligna que usted!

MARQ. ¡No se alabe usted!... En los corazones de veinte años, no es difícil ver claro; mientras que en los corazones de mi edad, siempre hay algunas sombras... Para penetrar en ellos, hace falta una lucecita... ¡la que yo he visto brillar en el fondo de sus ojos!...

MIQ. ¡Un abrazo, amigo mío!

MARQ. ¡De todo corazón! (La abraza.) ¿Y ahora?

MIQ. ¿Qué?

MARQ. ¡Supongo que no me habrá usted recibido para que hagamos este descubrimiento!

MIQ. ¡Ay, no!
MARQ. Entonces, ¿para qué?
MIQ. Quería decirle á usted una cosa que... no me atrevo... no me atrevo.
MARQ. Vamos. Se lo exijo. ¿Será usted capaz de ocultarme sus penas?... ¿Algún disgustillo?
MIQ. Sí.
MARQ. Para una mujer, para todas las mujeres, después de los masculinos no hay más que disgustos de dinero. Un apuro, ¿verdad?
MIQ. (Bajo.) Sí.
MARQ. La modista quizá, que...
MIQ. No. Estoy comprometidísima. Figúrese usted que he jugado á la Bolsa y he perdido. ¡Debo á Lourtier cuarenta mil francos!.. ¡Esto es horrible!
MARQ. ¡Es delicioso!... Ha hecho usted divinamente, si eso la divertía. ¿Se ha divertido usted? Pues...
MIQ. No, no mucho.
MARQ. ¿Por qué?
MIQ. Prefiero decírselo á usted con franqueza. No he sido yo... Ha sido mi mamá; inocentemente, por supuesto.
MARQ. ¡Su mamá! No me sorprende. Desde que pisó las tablas, su mamá ha cambiado radicalmente. Es caprichosa, frívola, coqueta... Tiene todas las cualidades que á usted la faltan.
MIQ. ¡Yo le aseguro á usted que volverá á ser como antes!
MARQ. Tanto peor.
MIQ. Por eso quería suplicarle á usted que nos prestase...
MARQ. ¡No se ocupe usted de eso!
MIQ. Gracias, gracias.
MARQ. ¿Estamos contentos?
MIQ. Sí.
MARQ. ¿No hay nada más?
MIQ. (Vacilando.) Nada más.
MARQ. Miquette: hay otra cosa.
MIQ. No, no.
MARQ. Hay otra cosa.
MIQ. Puede ser... Pero no es nada... Cosas mías.

MARQ. No: era esa la pena que yo adivino.
MIQ. ¿Usted adivina...?
MARQ. Sí; una pena de amor. (Miquette no responde.) Eso salta á los ojos. ¡Y es tan natural á su edad!... ¡Debía esperarlo!... ¡Es muy natural!
MIQ. ¿Parece que lo dice usted muy enfadado?
MARQ. (Rabiando) ¿Yo? ¿Por qué voy á estar enfadado? ¿Qué quiere usted que haga?
MIQ. Sí, sí... Está usted enfadado.
MARQ. Tiene usted razón. Estoy enfadadísimo. Me molesta que se haya usted enamorado de uno... de uno á quien yo no conozco.
MIQ. ¡Pero si usted le conoce!
MARQ. ¿Que yo le conozco?... ¡No faltaba más que eso!
MIQ. ¿Pues no acaba usted de decir...?
MARQ. Yo bien sé lo que me digo. Lo que me molesta es que se haya usted enamorado de alguien que no sea de mi gusto. Yo hubiera querido escogerlo, buscarlo yo mismo...
MIQ. No tema usted... Ya le he dicho adiós, y no pienso volver á verle nunca.
MARQ. (Furioso.) ¿Y cree usted que yo lo voy á consentir?... ¿Por qué no piensa usted volver á verle?
MIQ. Porque no puedo ser su esposa. Si supiera usted quién es, pensaría usted lo mismo que yo.
MARQ. ¿Quién es?
MIQ. Su sobrino.
MARQ. ¡Urbano!... ¡Caracoles!
MIQ. ¡Ya lo ve usted!
MARQ. ¡Urbano!... ¡Estoy contentísimo!
MIQ. ¿Cómo?
MARQ. Sí... Ese imbécil es algo de mí mismo; es mi nombre, mi fortuna, mi castillo... ¡Se va usted á casar casi conmigo! ¡Es lo mejor que me podía suceder!... ¡Estoy contentísimo!
MIQ. ¡Ah, pero usted siempre está contento! Esto acaba por entristecerme!
MARQ. ¡Oh, Urbano, Urbano!... Bienaventurados los simples de corazón, porque de ellos es el

reino de los cielos! Y, además, las mujeres. (Entra Perine.)

MIQ. ¿Qué pasa?

PER. Ahí está otra vez ese señor. Pregunta por el señor Marqués.

MARQ. ¿Lahirel? ¡Que no estoy!

MIQ. Sí. Me ha prometido usted recibirle. (A Perine.) Dile que pase. (Mutis Perine.) Les dejo á ustedes solos. (Mutis.)

ESCENA XIV

El MARQUÉS y LAHIREL

LAH. (Haciendo una reverencia.) He recibido tu carta y vengo de tu casa.

MARQ. Querido Lahirel, no seas rencoroso. No puedes ser rencoroso conmigo. Quiero darte toda clase de explicaciones.

LAH. ¡Ah! De manera...

MARQ. Sí. Fué un arrebato. Perdóname. Retiro con mucho gusto todas las injurias que te dije y que... ¿Me guardas rencor?

LAH. ¡De ninguna manera!

MARQ. Lo esperaba. Somos viejos camaradas. Hicimos juntos nuestra primera comunión, nos suspendieron juntos en el bachillerato. ¡Esto no se olvida nunca!... Por mi parte, te quiero de verdad.

LAH. Y yo á tí también.

MARQ. Además, si no soltáramos esas barbaridades á los amigos, ¿á quién se las íbamos á soltar?

LAH. Tienes razón.

MARQ. Entonces... ¡Un apretón de manos!

LAH. De todo corazón. (Se dan la mano.) Y puesto que todo está olvidado, debo decirte que yo fuí el único culpable.

MARQ. ¿Por qué?

LAH. Por sostener estúpidamente que no creía en tus relaciones con Miquette.

MARQ. ¿Eh?

LAH. Me desdigo por completo. Tú no eres un colegial que pierda su tiempo al lado de una mujer... Es tu amante; bien claro está... Y te felicito, porque, ¡chico!... ¡Es encantadora!

MARQ. (Subiendo el tono.) Entonces, ¿crees que yo soy el amante de esa niña?

LAH. No tengo la menor duda. Y la prueba es que así acabo de declararlo en el Casino.

MARQ. (Estallando.) ¡Pues eres un indecente!

LAH. ¿Qué?

MARQ. De modo que te figuras que á mi edad, que á nuestra edad, con tus sesenta años, hubiera yo podido cometer la infamia de seducir á esa deliciosa criatura, tan buena, tan angelical...

LAH. Pero...

MARQ. ¿Crees que tengo un alma tan perversa como la tuya, unos sentimientos tan odiosos como los tuyos?...

LAH. ¿Y á esto es á lo que llamas darme explicaciones?

MARQ. Precisamente... y no tengo reparo en decírtelo en tu misma cara: eres un grosero, un mal educado.

LAH. Es que...

MARQ. Un zopenco... Un títere... Un perdido.

LAH. ¡Adalberto!

MARQ. Y puesto que ya te he conocido... ¡Lárgate de mi vista!

LAH. Pero...

MARQ. ¡Fuera de aquí! (Le empuja hasta la puerta.) ¡Uff!...

LAH. (Volviendo; con mucha dignidad.) Tengo que decirte una cosa. Es inútil que me escribas otra vez, rogándome que venga á recibir tus explicaciones. No volveré... No volveré... (Mutis.)

MARQ. Así lo espero.

ESCENA XV

El MARQUÉS y MIQUETTE

MIQ. (Entrando.) ¿Ya?

MARQ. Sí. Acabo de poner de patitas en la calle á ese imbécil de Lahirel.

MARQ. ¿Otra vez?... ¿Por qué?

MARQ. Porque le ha ofendido á usted gravemente.

MIQ. ¿A mí?

MARQ. Sí, á usted... Se ha atrevido á decir que es usted...

MIQ. ¿La amante de usted?...

MARQ. Sí.

MIQ. Decididamente está desacertado ese pobre Lahirel. Y usted ha hecho muy mal en enfadarse, porque él cree lo que tiene derecho á creer, lo que tiene derecho á creer todo el mundo. Y si no lo dijeran de usted, lo dirían de otro: yo no me puedo extrañar, ni molestar por eso... Ahí tiene usted por qué no puedo casarme con Urbano.

MARQ. (Exasperado.) Yo no sé más que una cosa; y es que, un hombre como yo, no puede doblegarse ante la opinión pública, es decir, ante la opinión de dos docenas de imbéciles... ¡A mí me tiene sin cuidado la opinión pública.

MIQ. Y á mí también, si se tratara de mí sola... Pero se trata de un hombre superior, de un carácter admirable, de un espíritu escogido...

MARQ. ¡Oh; no merezco tanto!...

MIQ. No me refiero á usted. Hablo de Urbano.

MARQ. ¡Ah!

MIQ. ¿Cree usted que puede quedar en una situación tan desairada?... ¿Usted concibe á Urbano en ridículo?... ¿Y seré yo, que le amo con toda mi alma,. quien le exponga á las burlas y á las humillaciones? ¿Van á llamarle, por mi causa, «el señor Miquette»?... No, no... ¡Jamás!

MARQ. (Furioso.) Bueno, pero ¿y yo?

MIQ. ¿Usted?

MARQ. ¡Usted no piense nunca en mí!... Me resulta usted á la postre, completamente egoísta... Yo necesito ser feliz, porque esto es necesario para mi felicidad. Y no puedo serlo sin usted... ¡Ya que la he perdido para mí no quiero perderla para mi sobrino!... Y cuando yo quiero una cosa, la consigo. ¡Usted no me conoce!

MIQ. Ni usted á mí tampoco. Yo soy una mujer de una voluntad asombrosa...

MARQ. ¡Me toma mis palabras! Yo la digo que se casará usted con Urbano.

MIQ. ¡No me casaré con él!

MARQ. ¡Lo quiero yo!

MIQ. ¡Me da lo mismo!

MARQ. ¡Lo mando yo!

MIQ. ¿Con qué derecho?... Me quiere usted como á una hija, y yo se lo agradezco, pero usted no es mi padre, ¿verdad? Hasta la vista. (Mutis izquierda.)

MARQ. ¡Yo haré que se someta!

MIQ. (Saliendo.) ¿Yo?... ¡Ah, ah! Le desafío. (Mutis dando un portazo.)

ESCENA XVI

El MARQUÉS, luego la SEÑORA GRANDIER

MARQ. ¡Que me desafía! ¿A mí? (Tirando los paquetes y cajas que quedaban sobre la mesa.) ¡A mí no se me desafía en vano! (Fijándose en la señora Grandier que acaba de entrar.) No, señora Grandier, nunca me han desafiado en vano.

MAMÁ ¿Pero qué sucede, señor Marqués?... ¿Qué es lo que ocurre? ¿Ha bebido usted?

MARQ. ¿Bebido?... Escuche usted, señora... ¿Usted tiene energía, buen sentido, sangre fría...?

MAMÁ Sí. ¿Qué quiere usted hacer?

MARQ. Sepa usted que Urbano y Miquette han tenido otra entrevista.

MAMÁ ¡Dios mío!

MARQ. Se adoran.

MAMÁ ¿Qué me dice usted?

MARQ. Y es Miquette quien se opone á casarse con Urbano.

MAMÁ Pero, ¿qué?... Miquette casarse con Urbano... ¿Es que estoy soñando?... Se me va la cabeza... Aire... Mis sales, pronto, mis sales. (se desmaya. El Marqués la sostiene.)

MARQ. Señora, vuelva usted en sí... No hay tiempo que perder. Esta mujer no tiene sangre fría... No, no tiene sangre fría. Al contrario. (Acariciándola los brazos.) ¡Qué brazos!

MAMÁ Parece que se me pasa... Ya estoy mejor... Pero explíquese usted.

MARQ. Es bien sencillo. Miquette se opone, por culpa de ese bruto de Lahirel.

MAMÁ ¿Lahirel?

MARQ. Todo proviene de la opinión de veinticuatro imbéciles.

MAMÁ ¿Imbéciles?

MARQ. Sí... Está bien claro. Pero parece que usted no me comprende.

MAMÁ Sí, sí... No le comprendo á usted nada absolutamente.

MARQ. La iba diciendo que yo los quiero casar y que Miquette no quiere de ninguna manera... ¿Hay idea de semejantes prejuicios?

MAMÁ ¿Cómo prejuicios?

MARQ. Sí; ya no los hay entre nosotros. Los prejuicios han pasado de la nobleza á la burguesía, y de la burguesía al mundo de los teatros. ¡Es admirable! Y Miquette está llena de prejuicios... Pero usted debe intervenir, señora Grandier; porque usted es su madre, después de todo, y tiene usted el derecho de imponerla mi voluntad.

MAMÁ Sí... Me siento conmovida... Un matrimonio como ese... Pero Miquette sabe seguramente lo que le conviene... y yo no puedo...

MARQ. ¡Pero esto es una locura! ¡Causar la infelicidad de todo el mundo por una obstinación absurda! Usted será quien haga eso, señora Grandier.

MAMÁ ¿Yo?... Yo no soy Miquette.

MARQ. Póngase usted en su lugar. Supóngase usted que Urbano está enamorado de usted y que la pide su mano... ¿Qué le contestaría usted?

MAMÁ Le contestaría... que no... Ya ve usted. ¡Con nuestra diferencia de edades!

MARQ. ¡Si no se trata de eso! Simplifiquemos. Usted se pone en lugar de Miquette y yo en lugar de Urbano.

MAMÁ ¡Ah, sí! Usted es Miquette y yo soy Urbano.

MARQ. Al contrario... ¡Esta mujer no comprende nada!... Simplifiquemos. No es cuestión de Miquette y de Urbano. Supongamos que se trata de usted y de mí. Si yo la dijera: «Señora Grandier, me gusta usted muchísimo. Y yo, el Marqués de Torre-Miranda, la pide á usted su mano... Seremos felices, nos casaremos, no tendremos hijos...» ¿Qué es lo que usted contestaría?

MAMÁ Pero...

MARQ. Usted contestaría que sí.

MAMÁ No; yo rehusaría.

MARQ. (Furioso.) ¡Oh! Pero decididamente estas mujeres tienen un orgullo intolerable...

MAMÁ No es orgullo, señor Marqués, es honradez.

MARQ. ¡Rehusarme á mí! ¿Y por qué razón? ¿Porqué?... ¡En nombre de escrúpulos ridículos! Usted es una buena mujer, perfectamente digna de nosotros... Usted vale más que muchas de mis abuelas... No me refiero á María Victoria Cipriana, que inspiró al rey una pasión: esta es sagrada... Hablo de las otras... Entonces, ¿por qué razón se iba usted á negar?... Usted pertenece á una familia excelente...

MAMÁ ¡Mi suegra estaba emparentada con los Pichon!

MARQ. ¡Pichon... ya ve usted! Sin contar con que usted tiene mucha distinción...y unos brazos soberbios.

MAMÁ ¡Oh!

MARQ. Soberbios, sí; acabo de apreciarlos.

MAMÁ Pero Marqués, eso que usted dice... Eso que usted dice...

MARQ. Digo que haría usted una figura magnífica.

en el castillo de la Torre-Miranda. Ya me parece estarla viendo junto á la chimenea, en el amplio sillón, bajo el retrato en pie de Hugo-Adalberto, con este vestido...

MAMÁ ¿Con este vestido?

MARQ. Cuanto más la miro más me gusta... Está usted encantadora... Y sepa usted que es cierto todo lo que la he dicho...

MAMÁ Pero, entonces...

MARQ. Entonces para ser marquesa no la falta más que casarse conmigo, hacerse unas tarjetas de visita y formar parte de una junta cualquiera para repartir limosnas á los pobres... Vamos, señora Grandier... usted será mi esposa. Yo lo quiero.

MAMA ¿Yo su esposa?

MARQ. Y Miquette será mi hija, y todo el mundo será feliz... Y si usted vaciia todavía, será usted un monstruo, señora Grandier... ¿Es usted un monstro?

MAMÁ No.

MARQ. ¡Entonces abráceme usted, Herminia!

MAMÁ ¡Herminia!... Me ha devuelto usted mi nombre de pila, que estaba perdido hace quince años.

MARQ. ¡Y usted me ha devuelto algo mejor que eso!

MAMÁ ¿El qué?

MARQ. Ayer estaba demasido joven, hace un rato demasiado viejo... ¡Ahora tengo mi verdadera edad!

MAMÁ ¡Amigo mío!... (Echándose en sus brazos.)

MARQ. Herminia... Llámeme usted Adalberto.

MAMÁ (Bajando los ojos.) ¡Adalberto!...

MARQ. ¡Lo ha dicho muy bien!... ¡Lo ha dicho usted muy bien!

MAMÁ Estoy atontada. Se me escapan todas las ideas... Mi cerebro está vacío...

MARQ. ¡Es la raza!... ¡La raza que viene, marquesa!

MAMÁ ¡Marquesa!... ¡Qué lástima que no esté aquí mi pobre marido! ¡Tomaría tanta parte en mi alegría!

MARQ. ¡Si estuviera aquí su marido!... Yo prefiero que no esté, pero si estuviera aquí, con sus grandes conocimientos agrícolas y su expe-

riencia del arbolado, la diría: «Vas á llamar á Miquette y á ordenarla que se case con Urbano.»

MAMÁ Bien, amigo mío. (Va á la puerta y llama.) ¡Miquette! ¡Miquette! (El Marqués se sienta. La señora Grandier se coloca á su lado, de pie, con una mano en el respaldo de la silla; como si fueran á retratarse.)

ESCENA XVII

DICHOS y MIQUETTE

MIQ. (Entrando.) ¿Qué pasa, mamá?

MAMÁ (Con mucha dignidad.) Tengo que hablarte, Miquette.

MIQ. ¡Qué aspecto tan solemne! ¿Qué tienen ustedes?

MAMÁ El señor Marqués acaba de comunicarme que no quieres casarte con Urbano; y yo debo decirte, hija mía...

MIQ. Mamá, te ruego que no me des consejos...

MAMÁ Tienes razón, hija mía... Pero ese matrimonio no soy yo quien lo exige... Es tu padre. (Señalando al Marqués.)

MIQ. (Estupefacta.) ¡Mi padre!... ¿Qué quiere decir esto?

MARQ. Esto quiere decir, hija mía, que su madre acaba de otorgarme la mano.

MIQ. ¡Eso no es posible!

MAMÁ Pero es cierto.

MARQ. Y puesto que eres mi hija, creo que tengo derecho para ordenarte que seas mi sobrina.

MIQ. ¡Ah! ¡Demasiado tarde!

MARQ. ¿Cómo que es tarde?

MIQ. Sí. Le he escrito á Urbano que...

MARQ. ¿Que le amas?... ¡Mañana estará aquí!

MIQ. No, no... ¡Que no le amo!

MARQ. Entonces vendrá está misma tarde.

MIQ. No... Estoy segura de que no volveré á verle más.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y URBANO

MARQ. En efecto, aquí le tienes. (Entra Urbano. Trae los ojos y la nariz enrojecidos y el pañuelo en la mano.)

MIQ. ¡El!

MARQ. (Cogiéndole por el cuello.) ¡Ven aquí, criatura!... ¿Por quién me has tomado?... ¿Piensas que iba á consentir en ese matrimonio escandaloso?... ¿Que te permitiría entrar en una familia Mercadier?

URB. Yo...

MAMÁ (Muy majestuosa.) Una Mercadier... ¡Vaya una boda!

MARQ. Pide perdón á tu tía.

URB. ¡Oh!

MARQ. ¡Y abraza á tu esposa!

URB. ¡Miquette! (Entre sus brazos.)

MIQ. ¡Urbano!

MAMÁ ¡Adalberto, te admiro!

MARQ. ¡Soy un hombre de una voluntad asombrosa!... Dije que él se casaría á mi gusto, y así se casa... Dije que el suyo sería un matrimonio de dinero, y lo es.

MAMÁ ¿Cómo?

MARQ. Sí... Porque doy á Miquette una renta bastante para que lo sea. (A Miquette.) Y ahora, Miquette, ¿qué tienes que responderme?

MIQ. ¿Yo?... Lo que hubiera respondido Julieta. (Imitando la voz de la muñeca.) ¡Papá!... (Con su voz natural.) ¡Papá!... (Le salta al cuello. Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Queda prohibida en absoluto la venta de esta obra. La tirada se hace exclusivamente para servir los archivos de las Compañías que la representen en España, las cuales responderán de los ejemplares que con tal motivo se les facilite.